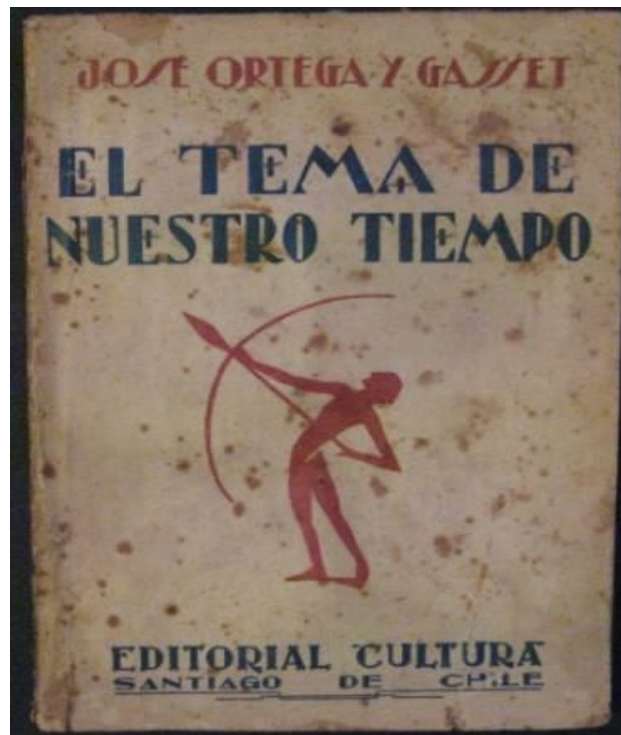


Ortega y Gasset: recursos prácticos

Textos y material para el comentario



ÍNDICE:

1. Textos comentados y esquemas.
2. Glosario texto de Ortega.
3. Modelo comentario de texto tipo Selectividad.
4. Comparación Ortega-Nietzsche.
5. Actividades sobre la filosofía de Ortega.
6. Comentario de Texto.

1) **TEXTO COMENTADO** (ORTEGA Y GASSET, J: «*La Doctrina del Punto de Vista*», en *El tema de nuestro tiempo*. *Obras Completas*, Vol. III, cap. X. Madrid: Revista de Occidente, 1966, pp. 197-203.)

1) INTRODUCCIÓN: EL PERSPECTIVISMO ORTEGUIANO

En este apartado vamos a exponer las principales ideas que aparecen en “La doctrina del punto de vista” que es el capítulo X de “El tema de nuestro tiempo”, obra de Ortega y Gasset publicada en 1923. Con la expresión “**tema de nuestro tiempo**” Ortega se refiere a la misión o tarea que le corresponde llevar a cabo a su generación, la de 1914. Esta tarea o misión consistirá en sustituir la razón pura por una razón vital. Ahora bien, cumplir con esta misión implica enfrentarse a dos errores de la Edad Moderna: el culturalismo (racionalismo) y el vitalismo (relativismo).

Con la expresión “**doctrina del punto de vista**”, que da nombre a este capítulo, el autor se refiere a la teoría perspectivista o perspectivismo, que es la propuesta de Ortega frente a ambos errores. Así pues, el capítulo es una exposición de la onto-gnoseología de Ortega, su perspectivismo o doctrina del punto de vista.

2) TEXTO COMENTADO

“La doctrina del punto de vista”

“Contraoponer la cultura a la vida y reclamar para ésta la plenitud de sus derechos frente a aquélla no es hacer profesión de fe anticultural. Si se interpreta así lo dicho anteriormente, se practica una perfecta tergiversación. Quedan intactos los valores de la cultura; únicamente se niega su exclusivismo. Durante siglos se viene hablando exclusivamente de la necesidad que la vida tiene de la cultura. Sin desvirtuar lo más mínimo esta necesidad, se sostiene aquí que la cultura no necesita menos de la vida. Ambos poderes -el inmanente de lo biológico y el trascendente de la cultura- quedan de esta suerte cara a cara, con iguales títulos, sin supeditación del uno al otro. Este trato leal de ambos permite plantear de una manera clara el problema de sus relaciones y preparar una síntesis más franca y sólida. Por consiguiente, lo dicho hasta aquí es sólo preparación para esa síntesis en que culturalismo y vitalismo, al fundirse, desaparecen”.

2.1. **Comentario: Culturalismo y vitalismo deben superarse.**

El pensamiento europeo, desde la Edad Moderna, ha establecido una contraposición entre cultura y vida. El pensamiento moderno los ha considerado como si fueran dos elementos absolutamente opuestos, optando por la **cultura** y menospreciando o infravalorando la **vida**. Para Ortega, esta contraposición es errónea, porque cultura y vida se necesitan mutuamente. La vida necesita de la cultura pero la cultura también necesita de la vida porque **la cultura es vital**.

La vida es la “**realidad radical**” para Ortega, es decir, la vida es anterior a cualquier otra realidad, toda otra realidad como la cultura surge necesariamente de ella. Por ello la cultura tiene que estar conectada con la vida. Para el filósofo madrileño la cultura es

vital porque la cultura surge de una necesidad vital: el hombre no puede prescindir de querer conocer la verdad, hacer el bien y deleitarse con lo bello (los valores de la cultura). El hombre tiene que producir cultura igual que tiene que respirar o digerir alimentos. Así pues, la vida se expresa necesariamente a través de la cultura. Si se olvida que lo cultural es una necesidad vital, la cultura se deshumaniza.

La vida es lo primario, tiene el carácter inmanente de lo biológico, es decir no se refiere a otra realidad más allá de sí misma. La cultura tiene un carácter trascendente, dado que las creaciones culturales superan la esfera individual de la vida de cada uno para referirse a realidades objetivas (la verdad, el bien, la belleza). Por tanto, las posturas extremas, de defensa a ultranza de uno de los dos elementos opuestos, la cultura en el culturalismo o la vida en el vitalismo, pierden su sentido dentro de un planteamiento más correcto, que integra a ambas en un plano de igualdad. Este es el “tema de nuestro tiempo” según expresión del autor, es decir, la tarea que debe llevar a cabo su generación es la superación del culturalismo y del vitalismo mediante su fusión en el raciovitalismo orteguiano.

Culturalismo	Vitalismo	Raciovitalismo (Ortega)
Defiende la oposición entre cultura y vida.	Defiende la oposición entre cultura y vida.	Considera un error la contraposición entre cultura y vida.
Opta por la cultura (razón) y desprecia la vida.	Opta por la vida y desprecia la cultura (razón).	Vida y cultura se necesitan mutuamente.
La cultura es lo primario, es anterior a la vida. Defiende una cultura al margen de la vida.	La vida es lo primario, es anterior a la cultura. Defiende una vida al margen de la cultura.	La vida es lo primario, es la realidad radical . Pero la vida (inmanente) se expresa necesariamente a través de la cultura (trascendente). La cultura es vital , surge de una necesidad vital.

“Recuérdese el comienzo de este estudio. La tradición moderna nos ofrece dos maneras opuestas de hacer frente a la antinomia entre vida y cultura. Una de ellas, el racionalismo, para salvar la cultura niega todo sentido a la vida. La otra, el relativismo, ensaya la operación inversa: desvanece el valor objetivo de la cultura para dejar paso a la vida. Ambas soluciones, que a las generaciones anteriores parecían suficientes, no encuentran eco en nuestra sensibilidad. Una y otra viven a costa de cegueras complementarias. Como nuestro tiempo no padece esas obnubilaciones, como se ve con toda claridad en el sentido de ambas potencias litigantes, ni se aviene a aceptar que la verdad, que la justicia, que la belleza no existen, ni a olvidarse de que para

existir necesitan el soporte de la vitalidad.

Aclaremos este punto concretándonos a la porción mejor definible de la cultura: el conocimiento.

El conocimiento es la adquisición de verdades, y en las verdades se nos manifiesta el universo trascendente (transubjetivo) de la realidad. Las verdades son eternas, únicas e invariables. ¿Cómo es posible su insaculación dentro del sujeto? La respuesta del Racionalismo es taxativa: sólo es posible el conocimiento si la realidad puede penetrar en él sin la menor deformación. El sujeto tiene, pues, que ser un medio transparente, sin peculiaridad o color alguno, ayer igual a hoy y mañana -por tanto, ultravital y extrahistórico. Vida es peculiaridad, cambio, desarrollo; en una palabra: historia.

La respuesta del relativismo no es menos taxativa. El conocimiento es imposible; no hay una realidad trascendente, porque todo sujeto real es un recinto peculiarmente modelado. Al entrar en él la realidad se deformaría, y esta deformación individual sería lo que cada ser tomase por la pretendida realidad”.

2.2. Comentario: La contraposición entre cultura y vida según el racionalismo y el relativismo.

Ortega, en el capítulo tercero de la obra *El tema de nuestro tiempo*, había señalado que desde el Renacimiento se viene interpretando la relación vida-cultura como una antinomia, es decir, como un conflicto entre dos ideas que cuando se intenta resolver genera contradicciones. Las dos posiciones históricas para resolver la oposición cultura-vida han sido el racionalismo y el relativismo. El culturalismo y el vitalismo, de los que hablábamos en el apartado anterior, serían una consecuencia del racionalismo y del relativismo, respectivamente.

El racionalismo niega los valores de la vida (la sinceridad, la impetuosidad, el deleite), rechaza el carácter vital de la cultura. El relativismo niega los valores de la cultura, no admite la existencia de la verdad, la justicia y la belleza objetivas, rechaza el carácter cultural de la vida.

Pero ninguna de estas dos posturas conecta con la sensibilidad de la generación de Ortega. El racionalismo no ha visto con claridad qué es la razón y, por ello, ha estado ciego para aceptar el insustituible papel de la vida. El relativismo tampoco ha visto con claridad qué es la vida humana y por ello no ha visto cuál es el verdadero papel de la razón. La generación de Ortega ve con toda claridad que **no se puede renunciar a los valores de cultura** (la verdad, la justicia y la belleza) **ni a los valores vitales que dan soporte a los culturales** (la sinceridad, la impetuosidad y el deleite): una verdad que no sea sentida sinceramente como lo verdadero, el reconocimiento de una justicia que no lleve al ímpetu de la acción, o una belleza que no deleite, no tienen ningún sentido. Si la cultura no toca la vida, es ajena, inútil, vacía.

Racionalismo (su consecuencia es el culturalismo)	Relativismo (su consecuencia es el vitalismo)	Raciovitalismo
Niega los valores de la vida: la sinceridad, la impetuosidad, el deleite.	Niega los valores de la cultura: la verdad, la justicia, la belleza.	No se puede renunciar a los valores de la cultura ni a los valores vitales que le dan soporte,
Rechaza el carácter vital de la Cultura.	Rechaza el carácter cultural de la vida.	La cultura debe ser vital, de lo contrario será vacía, ajena, inútil.

La relación cultura-vida en el ámbito del conocimiento.

Las tres esferas fundamentales de la cultura son el conocimiento, la acción (moral, social y política) y el sentimiento estético. Ortega aplica la antinomia entre cultura y vida, entre racionalismo y relativismo, a la esfera del conocimiento. De los tres elementos culturales que antes ha destacado, la verdad, la justicia y la belleza, se queda, para su análisis, con el primero de ellos.

El conocimiento es un proceso por el cual un sujeto aprehende una realidad objetiva o transubjetiva. Cuando conocemos una verdad accedemos a una realidad objetiva. Algo es verdadero, porque es conforme a lo real, porque se ajusta a la realidad sin añadir alteración alguna. La realidad es independiente del sujeto, lo trasciende, está más allá de él. **Tanto el racionalismo como el relativismo asumen que la verdad es eterna, única e invariable.** Pero, ¿cómo es posible que un sujeto que es corpóreo, subjetivo, diverso y perecedero pueda alcanzar verdades inmateriales, objetivas, únicas y eternas?

La teoría del conocimiento racionalista.

Para el racionalismo, la verdad es una y la misma o no es verdad. Por eso, **el sujeto que conoce tiene que ser un medio transparente**, es decir, que no puede estar influido por ningún elemento subjetivo o particular a la hora de conocer. El concepto de verdad que maneja el racionalismo implica que el sujeto debe limitarse a captarla tal cual es, de la manera más pura posible, sin añadir nada, sin poner nada de su parte, porque entonces la deformaría. Para caracterizar a ese sujeto Ortega usa la imagen de un "medio transparente" El sujeto que conoce tiene que ser **ultravital y extrahistórico**, porque sólo siendo así puede acceder a la verdad. Se trata de un sujeto universal, abstracto, fuera de la circunstancia histórica, particular y concreta, que es propia de la vida de cada uno. Es decir, quien quiera acceder a la verdad tiene que prescindir de su **circunstancia vital**, de su circunstancia temporal o histórica, debe separarse de su vida e historia. Por tanto, el racionalismo soluciona la antinomia prescindiendo de uno de sus polos: la vida. Tiene que prescindir de la vida puesto que ésta supone peculiaridad, cambio, historia.

La teoría del conocimiento relativista.

El relativismo sigue el camino contrario y llega a una conclusión opuesta, pero tan errónea como la racionalista. Asume que quien conoce es un individuo concreto, sujeto a su contexto cultural e histórico. **La realidad objetiva sería deformada** por un sujeto de conocimiento influido por tales factores. Por tanto, la verdad objetiva, una e invariable nunca será cognoscible. Sólo podemos aspirar a verdades particulares. No existe la misma verdad para todas las personas ni para todos los tiempos: habrá tantas verdades cuantos contextos humanos. Por eso, el relativismo desemboca en el escepticismo.

“Es interesante advertir cómo en estos últimos tiempos, sin común acuerdo ni pre-meditación, psicología, <biología> y teoría del conocimiento, al revisar los hechos de que ambas actitudes partían, han tenido que rectificarlos, coincidiendo en una nueva manera de plantear la cuestión.

El sujeto, ni es un medio transparente, un “yo puro” idéntico e invariable, ni su recepción de la realidad produce en ésta deformaciones. Los hechos imponen una tercera opinión, síntesis ejemplar de ambas. Cuando se interpone un cedazo o retícula en una corriente, deja pasar unas cosas y detiene otras; se dirá que las selecciona, pero no que las deforma. Esta es la función del sujeto, del ser viviente ante la realidad cósmica que le circunda. Ni se deja traspasar sin más ni más por ella, como acontecería al imaginario ente racional creado por las definiciones racionalistas, ni finge él una realidad ilusoria. Su función es claramente selectiva. De la infinidad de los elementos que integran la realidad, el individuo, aparato receptor, deja pasar un cierto número de ellos, cuya forma y contenido coinciden con las mallas de su retícula sensible. Las demás cosas -fenómenos, hechos, verdades- quedan fueran, ignoradas, no percibidas”.

2.3. Comentario: Ni racionalismo ni relativismo: la función selectiva del sujeto de conocimiento.

Ortega observa un cambio de planteamiento en algunas de las ciencias de su tiempo, en las que cree encontrar la superación de las dos posiciones enfrentadas del racionalismo y el relativismo. El filósofo español rechaza el sujeto de conocimiento que defiende el racionalismo, una especie de medio transparente o **“yo puro”** (procedente de la tradición kantiana) de carácter universal y aislado de la experiencia. Pero también rechaza el sujeto de conocimiento que propone el relativismo, un sujeto incapaz de conocer la verdad objetiva porque deforma la realidad al conocerla desde su particular circunstancia.

Frente a ambos, Ortega propone una doctrina intermedia o síntesis entre los dos. El sujeto humano actúa ante la realidad como si fuera un cedazo o retícula, que sólo deja pasar lo que de aquélla se ajuste a las medidas de ese cedazo o retícula, que son sus propias capacidades o intereses. En esto consiste la **función selectiva** del sujeto de conocimiento. Este sujeto-retícula es muy diferente del ente racional fabricado por el racionalismo, que pretende captar la totalidad de lo real. También es muy diferente del

sujeto que defiende el relativismo porque no se inventa la realidad, no convierte la realidad en una ilusión fabricada por él mismo. Entre los elementos que selecciona no sólo están las verdades, sino también los fenómenos y los hechos. Son las capacidades del sujeto las que permiten que las cosas que componen la realidad puedan convertirse en fenómenos o hechos dignos de tenerse en cuenta. En resumen, el ser humano es un individuo al que su corporeidad y dimensión histórico-vital (circunstancia) le impiden conocer toda la realidad, pero sí una parte de ella. Esa realidad no está deformada, es verdadera, aunque no sea toda la verdad.

“Un ejemplo elemental y puramente fisiológico se encuentra en la visión y en la audición. El aparato ocular y el auditivo de la especie humana reciben ondas vibratorias desde cierta velocidad mínima hasta cierta velocidad máxima. Los colores y sonidos que queden más allá o más acá de ambos límites le son desconocidos. Por tanto, su estructura vital influye en la recepción de la realidad; pero esto no quiere decir que su influencia o intervención traiga consigo una deformación. Todo un amplio repertorio de colores y sonidos reales, perfectamente reales, llega a su interior y sabe de ellos”.

2.4. Comentario: el ejemplo de la percepción sensible.

Para ilustrar esta nueva concepción del sujeto, Ortega recurre a la percepción sensible, en concreto a la teoría psicofisiológica de los umbrales sensoriales. Todos nuestros sentidos tienen un umbral máximo y un umbral mínimo, por encima o por debajo del cual es imposible la sensación. La vista sólo reacciona ante estímulos situados entre los rayos infrarrojos y los rayos ultravioletas, o sea, está limitada a la gama de colores del arco iris. Lo mismo sucede con los sonidos. El oído sólo es sensible a vibraciones de entre 20 y 20.000 ciclos por segundo. Gran parte de esas ondas electromagnéticas quedan fuera de nuestra sensación, pero las que caen dentro de los umbrales son tan reales como las que están situadas más allá. El hecho de que no percibamos todo no quiere decir que lo percibido quede deformado.

Racionalismo	Relativismo	Perspectivismo
La verdad es eterna, única e Invariable.	La verdad es eterna, única e Invariable.	La verdad es histórica, múltiple.
El sujeto de conocimiento ha de ser un medio transparente en el que no influye su vida, su circunstancia histórica.	El sujeto de conocimiento deforma la realidad , la verdad objetiva, porque se ve influido por su vida, por su circunstancia histórica.	El sujeto de conocimiento es como si fuera un cedazo o retícula , que sólo deja pasar lo que se ajuste a sus propias capacidades o intereses. En esto consiste la función selectiva del sujeto de conocimiento.
El sujeto de conocimiento es un “yo puro”, ultravital y extrahistórico , es decir,	El sujeto de conocimiento es un “yo impuro”, anclado en una circunstancia vital e histórica concreta.	El sujeto de conocimiento es un individuo anclado en una circunstancia vital e histórica concreta.

al margen de una circunstancia vital e histórica peculiar, concreta.		
La verdad objetiva es cognoscible y sólo puede conocerse desde un sujeto de conocimiento abstracto , sin relación alguna con una circunstancia histórica o vital particular, subjetiva. El sujeto de conocimiento capta la totalidad de lo real, la verdad absoluta.	La verdad objetiva no es cognoscible porque un sujeto de conocimiento vital e histórico, es decir, concreto, sólo puede conocer verdades particulares, subjetivas.	La verdad objetiva es cognoscible. Cada perspectiva o punto de vista es una verdad objetiva pero parcial . El sujeto de conocimiento no puede conocer toda la realidad pero sí una parte de ella. Esa realidad no está deformada, es verdadera, aunque no sea toda la verdad.

“Como son los colores y sonidos acontece con las verdades. La estructura psíquica de cada individuo viene a ser un órgano perceptor, dotado de una forma determinada que permite la comprensión de ciertas verdades y está condenado a inexorable ceguera para otras. Asimismo, para cada pueblo y cada época tienen su alma típica, es decir, una retícula con mallas de amplitud y perfil definidos que le prestan rigurosa afinidad con ciertas verdades e incorregible ineptitud para llegar a ciertas otras. Esto significa que todas las épocas y todos los pueblos han gozado su congrua porción de verdad, y no tiene sentido que pueblo ni época algunos pretendan oponerse a los demás, como si a ellos les hubiese cabido en el reparto la verdad entera. Todos tienen su puesto determinado en la serie histórica; ninguno puede aspirar a salirse de ella, porque esto equivaldría a convertirse en un ente abstracto, con íntegra renuncia a la existencia”.

2.5. Comentario: la teoría perspectivista.

2.5.1. Verdad y realidad son históricas.

Ortega traslada la comparación de los umbrales al sujeto humano. Lo mismo que los sentidos tienen unos umbrales fisiológicos, el sujeto humano tiene un umbral histórico. Ese umbral histórico es su **estructura psíquica**. Cada individuo ve la realidad desde su umbral histórico, desde su particular circunstancia. Es este umbral el que le permite percibir algunas verdades e ignorar otras, el que limita su capacidad de comprensión. La mayor preocupación por unos asuntos y su indiferencia ante otros depende, en el individuo, de su estructura psíquica. Hay una equivalencia entre la “estructura psíquica” individual y el “**alma típica**” de cada pueblo o de cada época, que es como la estructura psíquica social.

Existe un paralelismo entre las retículas individuales y las retículas históricas, que cambian con cada pueblo y con cada época. ¿Los griegos del siglo V a. C. podrían haber

conocido los problemas que se derivan de los trasplantes de órganos o la estructura del ADN? Esa parte de la realidad existía, pero permanecía vedada para ellos, ya que su posición histórico-cultural no les permitía entrar en contacto con ella. Sin embargo, eso no quiere decir que el conocimiento de la parte de realidad a la que tenían acceso no fuera verdadero.

De lo anterior se deduce que **la verdad es algo compartido históricamente**. Es muy frecuente en la historia del pensamiento que una época descalifique a la que le ha precedido, porque el conjunto de verdades que ahora conoce difiere de las que la época anterior ha defendido. Sin embargo, **por la misma razón que ningún hombre tiene acceso a toda la verdad, tampoco lo tiene ninguna cultura o momento histórico. Los hombres ocupan distintos «lugares» histórico-culturales, lo que les coloca en un lugar adecuado para conocer una parte de la verdad, una porción de verdad.** Eso significa que nunca se conocerá toda la verdad: mientras haya historia la verdad seguirá siendo descubierta. Por tanto, **la verdad es histórica**.

Sólo existe una posibilidad de que un hombre o una época no lleguen a la verdad, y es que, olvidando su dimensión histórico-vital, su circunstancia, no identifiquen la perspectiva propia del «tiempo» que les ha tocado vivir, e intenten llegar a la verdad olvidando su perspectiva. El hombre que así actúa se convierte en un «ente abstracto», un individuo que se aparta precisamente de lo que le permite acceder a la verdad, su **existencia**, su circunstancia. Por tanto, el racionalismo define un sujeto (ente abstracto) cuyas abstracciones le imposibilitan conocer la verdad.

“Desde distintos puntos de vista, dos hombres miran el mismo paisaje. Sin embargo, no ven lo mismo. La distinta situación hace que el paisaje se organice ante ambos de distinta manera. Lo que para uno ocupa el primer término y acusa con vigor todos sus detalles, para el otro se halla en el último, y queda oscuro y borroso. Además, como las cosas puestas unas detrás se ocultan en todo o en parte, cada uno de ellos percibirá porciones del paisaje que al otro no llegan. ¿Tendría sentido que cada cual declarase falso el paisaje ajeno? Evidentemente, no; tan real es el uno como el otro. Pero tampoco tendría sentido que puestos de acuerdo, en vista de no coincidir sus paisajes, los juzgasen ilusorios. Esto supondría que hay un tercer paisaje auténtico, el cual no se halla sometido a las mismas condiciones que los otros dos. Ahora bien, ese paisaje arquetipo no existe ni puede existir. La realidad cósmica es tal, que sólo puede ser vista bajo una determinada perspectiva. La perspectiva es uno de los componentes de la realidad. Lejos de ser su deformación, es su organización. Una realidad que vista desde cualquier punto resultase siempre idéntica es un concepto absurdo.

Lo que acontece con la visión corpórea se cumple igualmente en todo lo demás. Todo conocimiento es desde un punto de vista determinado. La species aeternitatis, de Spinoza, el punto de vista ubicuo, absoluto, no existe propiamente: es un punto de vista ficticio y abstracto. No dudamos de su utilidad instrumental para ciertos menesteres del conocimiento; pero es preciso no olvidar que desde él no se ve lo real. El punto de vista abstracto sólo proporciona abstracciones.

Esta manera de pensar lleva a una reforma radical de la filosofía y, lo que importa más, de nuestra sensación cósmica”.

2.5.2. Verdad y realidad son perspectivistas.

En este apartado Ortega recurre, como en otras ocasiones, al ejemplo del paisaje, un paisaje que contemplan dos sujetos situados en lugares diferentes. Siendo el mismo paisaje, su visión, en cambio, es distinta. Lo que para uno de los observadores resulta más significativo, para el otro queda borroso u oculto en el fondo. En otra obra suya se refiere a la Sierra de Guadarrama. No es lo mismo verla desde Madrid que desde Segovia. ¿Cuál de los dos paisajes es el verdadero? ¿Cuál de las dos visiones de la sierra es la auténtica? Tan real es un paisaje como el otro. Todo dependerá de lo que nos interese destacar. La diferencia entre ambos paisajes no descalifica a ninguno de los dos, ni los convierte en irreales.

Mucho menos sentido tendría hablar de un tercer paisaje que sería el verdadero, el auténtico, un **paisaje arquetipo**. Un paisaje considerado modelo de cualquier representación del mismo. El paisaje arquetipo sería el paisaje visto sin perspectiva, lo que es una contradicción, un absurdo, porque siempre se ve desde un punto de vista. No hay tal paisaje arquetipo de la misma manera que no hay una realidad absoluta. Toda realidad depende del punto de vista del sujeto. Ortega afirma, por tanto, que **la realidad sólo puede conocerse desde un punto de vista particular o perspectiva**. Pero la perspectiva no sólo tiene que ver con el conocimiento de la realidad **sino que la perspectiva es uno de los componentes de la realidad**. La perspectiva, según Ortega, organiza la realidad. Sin ella la realidad sería ininteligible, incognoscible. Por eso dice que una realidad sin perspectiva, es decir, una realidad que permanezca siempre idéntica a sí misma, aunque cambie el punto de vista, es algo absurdo. Así pues, el perspectivismo no es sólo una teoría del conocimiento (gnoseológica), sino también una teoría de la realidad (ontológica).

Su teoría perspectivista choca, por ejemplo, con la postura de Spinoza. Para el racionalista Spinoza (1632-1677) el hombre llegará a la verdad cuando, abandonando su perspectiva particular, vea las cosas como las conoce Dios, como necesidades (Cfr. *Ética, II*, prop. 44). Eso significa «sub specie aeternitatis», desde la perspectiva de la eternidad divina. Para Ortega, siempre que se conoce algo se conoce desde un punto de vista, y no existen puntos de vista que ofrezcan toda la realidad. Por eso critica al racionalismo, ya que éste ha caído en una contradicción al suponer la existencia de un **punto de vista «ubicuo»** (desde todas partes al mismo tiempo), **«absoluto»** (sin relación a un sujeto particular), que sería el hipotético punto de vista de Dios, un punto de vista que ofrecería la verdad absoluta. Un punto de vista **abstracto** (al margen de la circunstancia histórico-vital concreta). Este punto de vista piensa Ortega que no existe, que es algo **ficticio**. No obstante, esta visión racionalista es útil para ciertos «menesteres» como las ciencias formales y matemáticas.

“La individualidad de cada sujeto era el indomable estorbo que la tradición intelectual de los últimos tiempos encontraba para que el conocimiento pudiese justificar su pretensión de conseguir la verdad. Dos sujetos diferentes -se pensaba- llegarán a verdades divergentes. Ahora vemos

que la divergencia entre los mundos de dos sujetos no implica la falsedad de uno de ellos. Al contrario, precisamente porque lo que cada cual ve es una realidad y no una ficción, tiene que ser su aspecto distinto del que otro percibe. Esa divergencia no es contradicción, sino complemento. Si el universo hubiese presentado una faz idéntica a los ojos de un griego socrático que a los de un yanqui, deberíamos pensar que el universo no tiene verdadera realidad, independiente de los sujetos. Porque esa coincidencia de aspecto ante dos hombres colocados en puntos tan diversos como son la Atenas del siglo V y la Nueva York del XX indicaría que no se trataba de una realidad externa a ellos, sino de una imaginación que por azar se producía idénticamente en dos sujetos”.

2.5.3. Frente al relativismo: La complementariedad de las perspectivas.

Para el relativismo hay que renunciar a la verdad objetiva y absoluta, porque el sujeto de conocimiento no puede sino conocer verdades particulares. **El relativista considera que no existe la verdad objetiva.** La prueba de que no existe una realidad objetiva y universal es que lo verdadero para un ateniense del siglo V a.C. y para un neoyorquino del siglo XX son cosas distintas. Ortega llega a la conclusión contraria: la distinta concepción que sobre la realidad tienen el griego del siglo V a. C. y el yanqui del siglo XX prueba que ambos la conocen, aunque su perspectiva, les lleva necesariamente a conocer un aspecto distinto de la misma. Pero el hecho de que sus puntos de vista sean divergentes no quiere decir que sean contradictorios sino que sus perspectivas son «**complementarias**». Cada uno ve una realidad y no una ficción, solo que percibe un aspecto distinto que el otro no ve. Piensa Ortega que esa divergencia no es contradicción, sino complemento.

“Cada vida es un punto de vista sobre el universo. En rigor, lo que ella ve no lo puede ver otra. Cada individuo -persona, pueblo, época- es un órgano insustituible para la conquista de la verdad. He aquí cómo ésta, que por sí misma es ajena a las variaciones históricas, adquiere un dimensión vital. Sin el desarrollo, el cambio perpetuo y la inagotable aventura que constituyen la vida, el universo, la omnimoda verdad, quedaría ignorada.

El error inveterado consistía en suponer que la realidad tenía por sí misma, e independientemente del punto de vista que sobre ella se tomara, una fisonomía propia. Pensando así, claro está, toda visión de ella desde un punto determinado no coincidiría con ese su aspecto absoluto y, por tanto, sería falsa. Pero es el caso que la realidad, como un paisaje, tienen infinitas perspectivas, todas ellas igualmente verídicas y auténticas. La sola perspectiva falsa es esa que pretende ser la única. Dicho de otra manera: lo falso es la utopía, la verdad no localizada, vista desde <lugar ninguno>. El utopista -y esto ha sido en esencia el racionalismo- es el que más yerra, porque es el hombre que no se conserva fiel a su punto de vista, que deserta de su puesto”.

2.5.4. Frente al racionalismo: la verdad no es utópica sino vital, histórica, localizada.

Piensa Ortega que cada vida es un punto de vista sobre el universo. Lo que ella ve no lo puede ver otra. Cada individuo, cada época accede a una parte de la verdad. La verdad se muestra en múltiples perspectivas. Así, para el filósofo madrileño, la verdad tiene una **dimensión vital**. Esto quiere decir que la verdad sólo se descubre por sujetos concretos desde su posición histórica y vital, y no por el ente puro del racionalismo. La vida y la historia no son impedimentos para la verdad sino los únicos medios para volverla cognoscible.

A su juicio, el **error del racionalismo** es creer que la verdad es única. El racionalismo no admite la dimensión vital de la verdad ya que considera que la vida y la historia son impedimentos para alcanzar la verdad. El racionalismo ha creído en una realidad objetiva e idéntica para todos los hombres y todos los tiempos, independientemente del punto de vista desde el que se conoce. Dicho de otra manera, según el filósofo madrileño, *lo falso es la utopía*. El término “*utopía*” procede del griego *topos* (=lugar). Etimológicamente, significa “lo que no está en ningún lugar”. Con este término se refiere Ortega al concepto de *verdad* que defiende el racionalismo. Se trata de una **verdad no localizada**, es decir, una verdad **vista desde lugar ninguno**. O sea, una verdad abstracta, inmutable, absoluta, independiente de los individuos, al margen de la vida y la historia.

La actitud racionalista (**utopista**) supone la existencia de una realidad no vista desde ningún sitio, una verdad absoluta y un sujeto de conocimiento que no vive en ningún lugar ni momento histórico. Para Ortega, esta actitud es ingenua. El utopismo es lo opuesto al perspectivismo ya que el hombre ha de ser fiel, según el filósofo madrileño, a su punto de vista. Al suponer la existencia de ese sujeto ultravital y extrahistórico, el racionalismo prescinde de lo único que le permite llegar a la verdad: la perspectiva.

“Hasta ahora la filosofía ha sido siempre utópica. Por eso pretendía cada sistema valer para todos los tiempos y para todos los hombres. Exenta de la dimensión vital, histórica, perspectivista, hacía una y otra vez vanamente su gesto definitivo. La doctrina del punto de vista exige, en cambio, que dentro del sistema vaya articulada la perspectiva vital de que ha emanado, permitiendo así su articulación con otros sistemas futuros o exóticos. La razón pura tiene que ser sustituida por una razón vital, donde aquélla se localice y adquiera movilidad y fuerza de transformación”.

2.6. Comentario: crítica a la filosofía racionalista

2.6.1. La filosofía ha sido utópica.

La filosofía precedente ha sido básicamente racionalista. Considera Ortega que la filosofía ha sido **utópica** porque el racionalismo no se presenta como la reflexión de quien vive en un momento histórico y cultural concreto y que, por tanto, al ver desde esa perspectiva, sólo accede a parte de la verdad, sino como la filosofía «definitiva», porque ha encontrado definitivamente la verdad, la verdad única e inmutable. La filosofía racionalista ha negado la dimensión vital, histórica y perspectivista de la verdad, de la realidad.

Frente a la filosofía racionalista, la *doctrina del punto de vista* o perspectivismo orteguiano afirma que **la razón pura del racionalismo ha de ser sustituida por la razón vital**. La razón vital es una razón consciente de que conoce desde un punto de vista, por lo que nunca considerará que sus conclusiones sean lo último que sobre la realidad se pueda decir, ya que sabe que hay otros muchos puntos de vista o perspectivas: otros sistemas filosóficos futuros o muy diferentes. A diferencia de la razón pura, la razón vital tiene tres características:

- a) necesita localizarse, es decir, que debe situarse en la vida concreta de cada uno, de cada pueblo o de cada época, frente a la razón pura que es utópica, rechaza toda localización o circunstancia.
- b) tiene que adquirir movilidad, es decir, adaptarse a los cambios de circunstancia frente a la razón pura que es invariable.
- c) tiene que tener fuerza de transformación.

“Cuando hoy miramos las filosofías del pasado, incluyendo las del último siglo, notamos en ellas ciertos rasgos de primitivismo. Empleo esta palabra en el estricto sentido que tiene cuando es referida a los pintores del quattrocento. ¿Por qué llamamos a éstos “primitivos”? ¿En qué consiste su primitivismo? En su ingenuidad, en su candor -se dice-. Pero, ¿cuál es la razón del candor y de la ingenuidad, cuál su esencia? Sin duda, es el olvido de sí mismo. El pintor primitivo pinta el mundo desde su punto de vista -bajo el imperio de las ideas, valoraciones, sentimientos que le son privados-, pero cree que lo pinta según él es. Por lo mismo, olvida introducir en su obra su personalidad; nos ofrece aquélla como si se hubiera fabricado a sí misma, sin intervención de un sujeto determinado, fijo en un lugar del espacio y en un instante del tiempo. Nosotros, naturalmente, vemos en el cuadro el reflejo de su individualidad y vemos, a la par, que él no la veía, que se ignoraba a sí mismo y se creía una pupila anónima abierta sobre el universo. Esta ignorancia de sí mismo es la fuente encantadora de la ingenuidad.

Mas la complacencia que el candor nos proporciona incluye y supone la desestima del candoroso. Se trata de un benévolo menosprecio. Gozamos del pintor primitivo, como gozamos del alma infantil, precisamente, porque nos sentimos superiores a ellos. Nuestra visión del mundo es mucho más amplia, más compleja, más llena de reservas, encrucijadas, escotillones. Al movernos en nuestro ámbito vital sentimos éste como algo ilimitado, indomable, peligroso y difícil. En cambio al asomarnos al universo del niño o del pintor primitivo vemos que es un pequeño círculo, perfectamente concluso y dominable, con un repertorio reducido de objetos y peripecias. La vida imaginaria que llevamos durante el rato de esa contemplación nos parece un juego fácil que momentáneamente nos liberta de nuestra grave y problemática existencia. La gracia del candor es, pues, la delectación del fuerte en la flaqueza del débil”.

2.6.2. La filosofía ha sido primitiva.

Para Ortega, la filosofía racionalista tiene ciertos rasgos de “**primitivismo**”. Con este término se refiere Ortega a los pintores “primitivos”. Estos pintores, responsables de la

renovación pictórica europea que se produjo en dos núcleos: en los inicios del Quattrocento italiano con Fray Angélico, Piero della Francesca, Benozzo Gozzoli, Paolo Ucello... (no hay acuerdo sobre los autores que deben incluirse) y los flamencos del siglo XV y principios del siglo XVI como los hermanos Van Eyck o Van der Weyden. Su primitivismo consiste en inconsistencias en lo anatómico, el espacio y la composición. Presentan la escena como si todo estuviera en un plano muy cercano, mostrando los objetos del fondo más pequeños pero con la misma claridad.

Ortega critica a estos pintores porque han olvidado un elemento esencial: sólo se puede representar una escena coherente desde una perspectiva. Si el pintor olvida que pinta desde un lugar, con la intención de representar cómo es «realmente» todo, cae en incoherencias. Los pintores primitivistas creen pintar la realidad, cuando lo que hacen es interpretarla. Al no tener conciencia de que la están interpretando se olvidan de sí mismos. Los pintores primitivistas no tienen conciencia de su propia individualidad, del propio punto de vista desde el que pintan, perfectamente localizable en el espacio y en el tiempo. Ellos creen que reflejan la realidad tal cual es.

Eso mismo le pasa a la filosofía utópica, al racionalismo: ha olvidado que su visión de la realidad es una visión desde una perspectiva. Por eso concluye que la verdad que ha encontrado es la verdad definitiva sobre lo real. Olvida que un sujeto siempre es un sujeto vital y que el estar inmerso en una circunstancia vital concreta le impide tener acceso a toda la verdad: sólo accede a una perspectiva de la misma. Olvidar eso es una «ingenuidad».

La perspectiva de **quien vive históricamente después tiene presente la perspectiva del que ha vivido antes**. Por eso se da cuenta de que su mundo era más pequeño. También el nuestro lo será para quien en el futuro lo vea desde su perspectiva. Por eso se debe evitar caer en el error «primitivista»: el filósofo actual no debe olvidar que la suya es sólo una perspectiva más que responde a los condicionantes de su vida a cuyos interrogantes debe dar respuesta. La realidad que conoce es más compleja que la conocida por un europeo del siglo XVIII, pero lo será menos que el mundo global de mediados del XXI. «Primitivismo» es olvidar esa dimensión histórica de la realidad y, por tanto, de la verdad.

“El atractivo que sobre nosotros tienen las filosofías pretéritas es del mismo tipo. Su claro y sencillo esquematismo, su ingenua ilusión de haber descubierto toda la verdad, la seguridad con que se asientan en fórmulas que suponen inmovibles nos dan la impresión de un orbe concluso, definido y definitivo, donde ya no hay problemas, donde todo está ya resuelto. Nada más grato que pasear unas horas por mundos tan claros y tan mansos. Pero cuando tornamos a nosotros mismos y volvemos a sentir el universo con nuestra propia sensibilidad, vemos que el mundo definido por esas filosofías no era, en verdad el mundo, sino el horizonte de sus autores. Lo que ellos interpretaban como límite del universo, tras el cual no había nada más, era sólo la línea curva con que su perspectiva cerraba su paisaje. Toda filosofía que quiera curarse de ese inveterado primitivismo, de esa pertinaz utopía, necesita corregir ese error, evitando que lo que es blando y dilatado horizonte se anquilese en mundo.

Ahora bien; la reducción o conversión del mundo a horizonte no resta

lo más mínimo de realidad a aquél; simplemente lo refiere al sujeto viviente, cuyo mundo es, lo dota de una dimensión vital, lo localiza en la corriente de la vida, que va de pueblo en pueblo, de generación en generación, de individuo en individuo, apoderándose de la realidad universal”.

2.6.3. La filosofía ha confundido horizonte con mundo.

Ortega distingue entre horizonte y mundo. Por “**mundo**” entiende la totalidad de lo real mientras que “**horizonte**” es la parte de realidad a la que podemos acceder desde nuestro particular punto de vista o perspectiva. Sucede, según Ortega, que las filosofías del pasado, básicamente racionalistas, han creído que su particular visión de las cosas era la visión definitiva y la única posible, es decir, han confundido su horizonte con el mundo. Así, por ejemplo, los racionalistas como Descartes, Kant, Hegel creen haber descubierto toda la verdad y nos presentan un panorama en donde todos los problemas están resueltos.

Por ejemplo, cuando Descartes establece los principios ciertos del conocimiento, cree haber establecido el fundamento del conocimiento de una vez para siempre. Lo único que deja para las generaciones siguientes es la continuación del trabajo, pero nunca la reformulación o revisión de lo ya establecido como cierto. Descartes no cree que esos principios sean consecuencia de su punto de vista y, por tanto, sólo válidos de forma absoluta para su contexto histórico, sino lo evidente para cualquier momento, y que él, precisamente «él», ha descubierto (¡Ahí radica su ingenuidad!).

Al olvidar que su conocimiento lo es sólo desde un punto de vista, los racionalistas han olvidado que lo que veían estaba limitado por el horizonte que provoca su punto de vista. Desde una perspectiva no se ve todo el mundo sino sólo una parte limitada por el horizonte. El error ha consistido en creer que esa parte de la realidad que ellos conocían, ese «horizonte» dentro del que veían, era toda la realidad, el mundo.

El horizonte al que cada vida concreta puede acceder no coincide con el mundo, pero eso no quiere decir que el punto de vista sea falso o no real. Convertir el mundo en horizonte significa reconocer el carácter vital e histórico de la realidad, de la verdad. El mundo o realidad universal no es incognoscible, sino que lo será en el sucederse de los horizontes que cada vida va generando. Cada hombre, si es fiel a su punto de vista, genera un nuevo horizonte, lo que contribuye a conocer el mundo.

“De esta manera, la peculiaridad de cada ser, su diferencia individual, lejos de estorbarle para captar la verdad, es precisamente el órgano por el cual puede ver la porción de realidad que le corresponde. De esta manera, aparece cada individuo, cada generación, cada época como un aparato de conocimiento insustituible. La verdad integral sólo se obtiene articulando lo que el prójimo ve con lo que yo veo, y así sucesivamente. Cada individuo es un punto de vista esencial. Yuxtaponiendo las visiones parciales de todos se lograría tejer la verdad omnimoda y absoluta. Ahora bien: esta suma de las perspectivas individuales, este conocimiento de lo que todos y cada uno han visto y saben, esta omnisciencia, esta verdadera <razón absoluta> es el sublime oficio que atribuimos a Dios. Dios es también un punto de vista;

pero no porque posea un mirador fuera del área humana que le haga ver directamente la realidad universal, como si fuera un viejo racionalista. Dios no es racionalista. Su punto de vista es el de cada uno de nosotros; nuestra verdad parcial es también verdad para Dios. ¡De tal modo es verídica nuestra perspectiva y auténtica nuestra realidad! Sólo que Dios, como dice el catecismo, está en todas partes y por eso goza de todos los puntos de vista y en su ilimitada vitalidad recoge y armoniza todos nuestros horizontes. Dios es el símbolo del torrente vital, al través de cuyas infinitas retículas va pasando poco a poco el universo, que queda así impregnado de vida, consagrado, es decir, visto, amado, odiado, sufrido y gozado.

Sostenía Malebranche que si nosotros conocemos, alguna verdad es porque vemos las cosas en Dios, desde el punto de vista de Dios. Más verosímil me parece lo inverso: que Dios ve las cosas al través de los hombres, que los hombres son los órganos visuales de la divinidad.

Por eso conviene no defraudar la sublime necesidad que de nosotros tiene, e hincándonos bien en el lugar que nos hallamos, con una profunda fidelidad a nuestro organismo, a lo que vitalmente somos, abrir bien los ojos sobre el contorno y aceptar la faena que nos propone el destino: el tema de nuestro tiempo”.

2.7. La existencia de la verdad objetiva: la verdad integral.

La verdad absoluta, objetiva, que defienden los racionalistas es para Ortega la verdad integral. A esta verdad nunca ha renunciado, de lo contrario caería en el error del relativismo. La verdad integral se consigue sumando las perspectivas de todos los hombres. Cada uno conoce una parte de esa verdad. Cada punto de vista contiene una gota de verdad, una verdad parcial. Teóricamente, por tanto, sumando las distintas partes se obtendrá toda la verdad, la **verdad integral**. El conocimiento de la verdad integral, de la verdad absoluta, sería posible si se yuxtapusieran todas las verdades parciales históricamente posibles.

Pero en la práctica no es tan fácil, ya que se trata de yuxtaponer un número infinito de perspectivas históricas, y la historia no ha acabado. Unir un número infinito de perspectivas es, de hecho, imposible. Esa posibilidad sólo sería atribuible a una razón infinita, es decir, a Dios, pero no porque su punto de vista fuera «el punto de vista absoluto», lo que, tal y como ha criticado Ortega es una contradicción, sino porque sólo él sería capaz de unir todos los puntos de vista posibles, todos los puntos de vista del infinito número de seres humanos.

Obviamente, ese Dios es para Ortega una simple hipótesis que ilustra su posición. Ortega no está diciendo que exista ese Dios que conocería toda la verdad, yuxtaponiendo los puntos de vista de los hombres que han vivido y vivirán. Simplemente expone, como hipótesis, el modo en que se podría llegar a la verdad integral: incluso Dios necesitaría de las perspectivas humanas, de sus verdades parciales, para alcanzarla. **Dios no es racionalista**, es decir, que Dios, si existiera, no poseería un punto de vista absoluto por encima del punto de vista particular que cada hombre ofrece sino que su omnisciencia consistiría en servirse de todas y cada una de

las perspectivas o puntos de vista particulares. Cada vida concreta es una pieza insustituible, incluso para Dios.

Malebranche (1638-1715), autor racionalista, afirmó que nuestras ideas no pueden tener su origen en los cuerpos extensos ni en la imaginación, sino en una iluminación divina que reproduce el estado de esos cuerpos exteriores. Por tanto, el conocimiento inteligible del hombre es verdadero porque recibe lo que Dios conoce. Ortega propone **invertir la teoría de Malebranche** y, si el francés afirma que los hombres conocen la realidad sirviéndose de Dios, el español sostiene que es Dios quien, para conocer el mundo, ha de servirse de los hombres, de todos y cada uno de los puntos de vista que cada hombre ofrece. Como nuestra circunstancia es única e irrepetible, dado que cada individuo es un punto de vista esencial no podemos defraudar a Dios y nos pide Ortega que seamos fieles a nuestra circunstancia vital, a nuestra época y que asumamos con valentía el tema, misión o faenas encomendadas a nuestra generación. Cada individuo o cada generación debe descubrir la parte de verdad que tiene la obligación de encontrar. Así pues, hemos de abrir los ojos al **tema de nuestro tiempo**.

2. GLOSARIO ESPECÍFICO: [Ortega y Gasset: El tema de nuestro tiempo, “La doctrina del punto de vista”]

(Los términos o expresiones no están ordenados alfabéticamente, sino en el orden en el que van apareciendo en el texto)

Cultura: Ortega entiende por “cultura” todo lo producido por la razón en su búsqueda de la verdad, el bien y la belleza que son los principales valores de la cultura. El pensamiento moderno ha considerado que la cultura y la vida son dos elementos absolutamente opuestos, y ha optado por la cultura menospreciando o infravalorando la vida. Para Ortega, esta contraposición es errónea, porque cultura y vida se necesitan mutuamente. La vida necesita de la cultura pero la cultura también necesita de la vida porque la cultura es vital. La cultura tiene que estar conectada con la vida. La cultura surge de una necesidad vital: el hombre tiene que producir cultura igual que tiene que respirar o digerir alimentos. Así pues, la vida se expresa necesariamente a través de la cultura. Si se olvida que lo cultural es una necesidad vital, la cultura se deshumaniza. Mientras que la vida tiene una dimensión inmanente, es decir, no se refiere a otra realidad más allá de sí misma. La cultura tiene un carácter trascendente, dado que las creaciones culturales superan la esfera individual de la vida de cada uno para referirse a realidades objetivas (la verdad, el bien, la belleza).

Vida: Ortega considera la "vida" como lo que cada uno es y hace. La vida es la realidad radical, porque el resto de realidades brotan de ella. La vida es lo primario, anterior a la razón, a la cultura. El pensamiento moderno ha establecido la oposición entre la vida y la cultura y ha optado por la cultura menospreciando la vida. Pero según Ortega cultura y vida se necesitan mutuamente. Mientras que la cultura tiene una dimensión trascendente, es decir, se refiere a realidades objetivas, la vida tiene una dimensión inmanente, es decir, no se refiere a otra realidad más allá de sí misma.

Valores de cultura: la verdad, el bien y la belleza. Son los valores que perseguimos cuando pensamos, actuamos o contemplamos una obra de arte. La búsqueda de la verdad, del bien y de la belleza ha generado la cultura. Estos valores, por tanto, tienen un carácter objetivo que trasciende lo biológico. Puesto que la cultura es vital, los valores de la cultura deben, según Ortega, brotar de los valores de la vida: de la sinceridad del pensamiento, de la impetuosidad de la voluntad y del deleite del sentimiento.

Inmanente: lo que permanece en un ámbito sin superarlo. Ortega lo aplica a la vida, a lo biológico, a las actividades del hombre que tienen en él mismo su propio fin, permaneciendo por ello en su interior biológico, no dependiendo de nada externo. Este término se opone a trascendente, que es lo característico de la cultura.

Biológico: en general Ortega usa esta expresión con un sentido propio. Lo entiende como la ciencia de la vida y, puesto que ésta es la «realidad radical» de la que surge el resto (también las culturales), la biología se convierte en un conocimiento fundamental del que todos dependen. Lo biológico tiene un carácter inmanente. Cuando en el texto se entrecomilla «biología», se usa en su sentido tradicional.

Trascendente: lo que supera un ámbito, lo que va más allá. Ortega lo aplica a la cultura. En el pensar, actuar o en la contemplación estética, el hombre trasciende el ámbito de lo biológico tomando como referente una realidad objetiva (la verdad, el bien o la belleza). Este término se opone a inmanente, que es lo característico de la vida.

Culturalismo: posición intelectual moderna, consecuencia del racionalismo o idealismo que, por insistir en la importancia de la cultura o vida espiritual, olvida que el origen de la cultura es la vida. Esta doctrina supone la negación de los valores vitales (la sinceridad, la impetuosidad, el deleite), rechaza el carácter vital de la cultura. Olvida que la verdad no puede existir si no surge de la sinceridad, que el bien tampoco tiene sentido si no lleva a la acción y que lo bello se convierte en vacío si no nace del deleite. Es, junto con el vitalismo, una de las dos posturas extremas que Ortega pretende superar para integrarlas en un plano de igualdad. Este es el “tema de nuestro tiempo” según expresión del autor, es decir, la tarea que debe llevar a cabo su generación. Esta tarea consiste en la superación del culturalismo y del vitalismo mediante su fusión en el raciovitalismo orteguiano.

Vitalismo: posición intelectual moderna, consecuencia del relativismo que niega la existencia de los valores de la cultura (la verdad, el bien, la belleza). Sostiene que la cultura debe someterse a la vida porque la anquilosa y acaba con ella. Es, junto con el culturalismo, una de las dos posturas extremas que Ortega pretende superar para integrarlas en un plano de igualdad. Este es el “tema de nuestro tiempo” según expresión del autor, es decir, la tarea que debe llevar a cabo su generación. Esta tarea consiste en la superación del culturalismo y del vitalismo mediante su fusión en el raciovitalismo orteguiano.

Antinomia: es un conflicto entre dos ideas que cuando se intenta resolver genera contradicciones. La relación vida-cultura es una antinomia según Ortega porque cuando se resuelve haciendo prevalecer un polo sobre otro, se cae en contradicciones, presentes en el vitalismo y en el culturalismo. El falso conflicto se resolverá cuando se entienda que la vida humana es cultural y que la cultura es vital. Esta es la tarea que deberá llevar a cabo su generación, este es “el tema de nuestro tiempo”.

Racionalismo: a veces lo identifica con el idealismo. Es una de las dos posiciones históricas para resolver la oposición cultura-vida que se han dado en el campo del conocimiento, la otra es el relativismo. El racionalismo niega los valores de la vida (la sinceridad, la impetuosidad, el deleite), rechaza el carácter vital de la cultura. El racionalismo no ha visto con claridad qué es la razón y, por ello, ha estado ciego para aceptar el papel de la vida. El racionalismo defiende la existencia de una "razón pura" que establece principios necesarios y evidentes. Según el racionalismo el conocimiento de la realidad lo realiza un sujeto al margen de la vida y de la historia (ultravital, extrahistórico). El sujeto racionalista cuando conoce se limita a reproducir la realidad tal cual es sin que influya en esta actividad su particular circunstancia vital. Así pues existe una verdad y es posible alcanzarla más allá de toda variación de las cosas. El racionalismo es utópico porque defiende un punto de vista o perspectiva desde ningún lugar concreto, perspectiva que sería válida para todo hombre y en toda época, por ser fruto de la razón. El racionalismo es primitivo porque cree que su punto de vista es el único y definitivo. El racionalismo confunde el mundo o totalidad de perspectivas con su horizonte que es su propio punto de vista particular. Ortega cree que el cometido de su generación es superar tanto el racionalismo como el relativismo.

Relativismo: es una de las dos posiciones históricas para resolver la oposición cultura-vida que se han dado en el campo del conocimiento, la otra es el racionalismo. El relativismo niega la existencia de verdades universales y absolutas. No hay más que verdades relativas a la condición de cada sujeto. Cada individuo vive en un contexto histórico-cultural en función del cual juzga qué sea lo verdadero. Por tanto, toda verdad está determinada por el modo de ser del sujeto que la alcanza. En consecuencia, no existe la verdad objetiva. Frente al relativismo Ortega piensa que la verdad objetiva existe y que, por tanto, el conocimiento es posible. Ortega cree que el cometido de su generación es superar tanto el racionalismo como el relativismo.

Generaciones: los hombres de un momento histórico concreto que comparten una sensibilidad vital. Por ello, cada generación empieza y termina cuando cambia la sensibilidad. Las distintas épocas históricas se caracterizan por una sensibilidad determinada, y las variaciones de sensibilidad se presentan bajo la forma de generación. Cada generación está estructurada por una vanguardia, una minoría selecta que es la primera en darse cuenta de los cambios históricos que suceden y en modificar su sensibilidad vital, y por una masa receptiva que ofrece su apoyo o resistencia a las nuevas sensibilidades e ideas que propone la minoría. Cada generación se caracteriza por que tiene una misión que cumplir, «el tema de su tiempo».

Sensibilidad: sensibilidad vital. Modo en que el hombre ve y entiende qué es su vida, su existencia, en una época determinada. Es lo primero que hay que definir para comprender una época. De esta sensibilidad dependen las ideas (la ideología), las preferencias morales (moralidad) y los gustos estéticos de una época. Cada época o generación tiene su propia sensibilidad, su propia manera de ver las cosas y, por tanto, su propia verdad.

Sujeto viviente: el ser humano. El hombre no es una razón pura sino un ser cuyo existir es vivir, una vida que se articula en torno a un yo y su circunstancia. Olvidar la dimensión vital e histórica del sujeto es el error del racionalismo, así como reducirlo a una actividad puramente biológica es el error del relativismo.

Verdad: para Ortega ni es válida la postura del racionalismo para el que la verdad es una, la suya, y pretende imponerla a los demás, ni tampoco es válida la del relativismo que, ante la variedad de opiniones, concluye que ninguna verdad puede pretender el carácter de tal. Frente al relativismo, Ortega afirma la posibilidad del conocimiento objetivo y frente al racionalismo, quiere mantener la multiplicidad de las perspectivas o puntos de vista posibles y la validez de todas ellas. Según el perspectivismo orteguiano cada uno de los puntos de vista o perspectivas suponen una verdad parcial. La yuxtaposición de los diferentes puntos de vista conforma la verdad integral.

Vitalidad: la actividad del hombre en cuanto que su ser es vivir. Es el conjunto de acciones concretas e individuales que configuran la vida de cada cual. La vitalidad es el origen tanto de las actividades puramente biológicas como de las que configuran la cultura.

Transubjetivo: lo que está más allá del sujeto de conocimiento, es decir, la realidad objetiva. Es sinónimo de objetivo, válido para todos los hombres. Para el racionalismo existe una verdad transubjetiva, trascendente. Según el racionalismo la verdad es eterna,

única e invariable. El raciovitalismo orteguiano rechazará este carácter transubjetivo de la realidad.

Sujeto (de conocimiento): en el proceso de conocimiento existen dos elementos: el sujeto y el objeto. El sujeto cuando conoce aprehende el objeto. Según el racionalismo el sujeto de conocimiento es ultravital y extrahistórico, es decir, conoce al margen de su circunstancia vital, es un medio transparente, incontaminado por su circunstancia particular. Ortega rechaza este sujeto de conocimiento racionalista puesto que, para él, el sujeto conoce siempre desde una perspectiva determinada. Para el relativismo el sujeto de conocimiento deforma toda realidad que pretende conocer por lo que es incapaz de conocer la verdad objetiva. Ortega también rechaza este planteamiento ya que para él el sujeto que conoce no deforma la realidad sino que la selecciona desde su circunstancia vital.

Ultravital: para el racionalismo la actividad del sujeto que conoce es independiente de la circunstancia vital en la que se encuentra, el conocimiento no se ve afectado por la vida del sujeto que conoce. El raciovitalismo orteguiano rechazará este concepto de sujeto.

Extrahistórico: para el racionalismo el sujeto que conoce no se ve influido por el momento histórico en el que vive, está fuera de la historia, de su circunstancia vital. El raciovitalismo orteguiano rechazará este concepto de sujeto.

Historia: la historia es la esencia de la vida humana. El hombre no tiene naturaleza, tiene historia. La verdad para el racionalismo es extrahistórica porque no tiene en cuenta la vida, el momento histórico en que vive el individuo. Ortega defiende justo la tesis contraria: la verdad es histórica porque cada generación alcanza una parte de la verdad la que le permite la perspectiva en la que se encuentra anclada.

Yo puro: expresión con la que Ortega se refiere al tipo de sujeto que, según el racionalismo, es capaz de conocer la verdad una, eterna e inmutable. Incluye al alma racional platónica, la sustancia pensante cartesiana, la razón pura kantiana, el yo puro fichteano... «Puro» indica que es un yo no contaminado de lo corpóreo, vital e histórico, un sujeto separado precisamente de lo que le permite acceder a la verdad, su punto de vista. Al yo puro Ortega opone el yo que es “yo y circunstancia”.

Retícula: red o malla. El sujeto humano o cada generación cuando conoce actúa ante la realidad como si fuera un cedazo, retícula o red que sólo deja pasar lo que de aquélla se ajuste a las medidas de ese cedazo o retícula, que son sus propias capacidades o intereses, su propia sensibilidad. Este sujeto-retícula es muy diferente del ente racional fabricado por el racionalismo, que pretende captar la totalidad de lo real. También es muy diferente del sujeto que defiende el relativismo porque no se inventa la realidad, no convierte la realidad en una ilusión fabricada por él mismo. En resumen, el ser humano es un individuo al que su dimensión histórico-vital (circunstancia) le impide conocer toda la realidad, pero sí le permite conocer una parte de ella, la que atrapa en su red. Esa realidad no está deformada, es verdadera, aunque no sea toda la verdad.

Realidad cósmica/realidad universal: lo que verdadera e indubitablemente hay. Sólo es indubitable que lo que hay, lo hay en relación conmigo, dependiendo de mí, ya que el sujeto que conoce es «yo y circunstancia». El mundo es siempre el mundo del yo. Así

Ortega se opone a la definición de realidad como lo que existe por sí con independencia del sujeto (realismo ingenuo). Con el mismo argumento rechaza la definición racionalista de realidad como lo universal, eterno e invariable. Sin embargo, también rechaza la posición escéptica del relativismo que niega la posibilidad de conocer la realidad o incluso su propia existencia: Ortega sostiene que el carácter peculiar y concreto de cada sujeto no es un obstáculo para llegar a la realidad, sino el medio para acceder a ella, ya que la realidad es perspectivista. La expresión «realidad cósmica o universal» se refiere a la suma de las realidades parciales.

Ente racional: expresión sinónima de “yo puro”, de “ente abstracto”.

Función selectiva: para Ortega el sujeto de conocimiento cuando conoce realiza una función selectiva, es decir, capta sólo la parte de la realidad que puede conocer, el resto permanece ignorado para él. Ortega afirma que de la infinidad de los elementos que integran la realidad, el sujeto deja pasar un cierto número de ellos. Las demás cosas- fenómenos, hechos, verdades- quedan fuera, ignoradas, no percibidas. El individuo selecciona desde su circunstancia vital.

Individuo: es el sujeto cognoscente. Para el racionalismo es el yo puro o ente racional capaz de acceder a la verdad universal. Para el relativismo es un ser concreto e individual sometido a su corporeidad, cultura e historia y, por tanto, incapaz de acceder a «la» verdad. Frente a ambas posiciones Ortega considera que cada individuo es un punto de vista esencial, un órgano insustituible para acceder a una verdad parcial que da cuenta de una realidad perspectivista. Esto es así porque cada individuo es un yo en una circunstancia.

Porción de verdad: cada verdad parcial que puede ser conocida por un individuo concreto desde su punto de vista. A cada porción de verdad le corresponde una perspectiva de la realidad.

Ente abstracto: expresión sinónima de “yo puro”. Para el racionalismo, el yo o sujeto de conocimiento es un ente abstracto porque prescinde de su dimensión biológica, vital e histórica; de su circunstancia.

Existencia: sinónimo de vida. El modo propio de existir del hombre es «vivir». Vivir es estar el yo de cada cual en su circunstancia. Por eso el ente racional y, por tanto, abstracto, del racionalismo propiamente no existe.

Puntos de vista: sinónimo de perspectiva, horizonte. Es el lugar desde el que cada individuo conoce una parte de la realidad y consigue su parte de verdad. Para Ortega no hay conocimiento si no es desde un punto de vista, la realidad no nos es dada de manera absoluta sino inevitablemente desde determinado enfoque. Los puntos de vista o perspectivas son las formas desde las que puede comprenderse una realidad. En cada acto comprensivo se incluye nuestro conocimiento del objeto (que siempre es parcial) y toda la información histórica concreta que constituye al sujeto. Por eso, sólo podemos captar la realidad desde puntos de vista, sin poder ir más allá de ellos. La pluralidad de puntos de vista no implica la falsedad de éstos. El individuo que sea fiel a su punto de vista conocerá un aspecto real del mundo. Por eso, la porción de verdad que cada hombre ve no puede ser conocida por otro. Cada hombre es insustituible y tiene una «misión de verdad».

Arquetipo: modelo ideal y perfecto, paradigma. La verdad arquetípica, única, no existe ni puede existir. La realidad es tal, que sólo puede ser conocida bajo una determinada perspectiva. Una realidad que vista desde cualquier punto resultase siempre idéntica es un concepto absurdo.

Perspectiva: la perspectiva o punto de vista es el modo de conocer lo real. La realidad se capta parcialmente desde un punto de vista o perspectiva. El conocimiento de la realidad exige la diversidad o pluralidad de perspectivas. Pero para Ortega la perspectiva es también una estructura de la realidad. La realidad se da en múltiples perspectivas. Así pues la perspectiva tiene para Ortega una doble dimensión: ontológica (lo real está constituido por perspectivas múltiples) y gnoseológica (la realidad es conocida a través de múltiples perspectivas). El concepto de perspectiva está estrechamente relacionado con la verdad, en cuanto que ésta consiste en la integración entre las diversas perspectivas. La verdad con que captamos la realidad consistirá para Ortega en saber dar cuenta de la realidad desde la perspectiva vital en la que nos hallamos situados. Si se quiere dar cabal cuenta de la realidad, hay que darla desde la perspectiva en la que cada uno está. Cada individuo, cada pueblo, cada época tienen su porción de verdad, su perspectiva. Cada ser humano tiene un punto de vista distinto de la realidad.

Punto de vista ubicuo, absoluto, abstracto: es el punto de vista que defiende el racionalismo. El punto de vista ubicuo es el punto de vista que pretende abarcar todas las perspectivas posibles sobre lo real. Esto es contradictorio con la misma noción de perspectiva o punto de vista, por tanto tal punto de vista es inexistente. También son inexistentes el punto de vista absoluto y el abstracto, son hipótesis racionalistas sin sentido. Todo punto de vista es individual y vital (no abstracto), y consecuencia de una circunstancia (no absoluto). Un punto de vista con esos rasgos imposibles es el que correspondería al yo puro.

Abstracciones: abstraer consiste en separar, arrancar, sacar. Según Ortega, los conceptos racionalistas de hombre y realidad son abstracciones. Son abstractos porque separan al hombre y a la realidad de la vida que le da sentido. El error del racionalismo ha sido olvidar que el hombre es vida compuesta de yo y circunstancia: no puede superar su circunstancia, ponerse fuera del punto de vista que le corresponde; lo que quiere, lo que piensa, está determinado por su circunstancia. La definición racionalista de verdad también es una abstracción porque olvida su componente esencial, su carácter perspectivista, lo que ha llevado a definirla como única y universal.

Individualidad: es sinónimo de individuo o sujeto de conocimiento.

Complemento: la idea orteguiana de que existen múltiples puntos de vista sobre la realidad parece conducir a una postura relativista. Para superar el relativismo Ortega afirma que estas perspectivas deben ser unificadas, puesto que son complementarias y en cada una de ellas hay una gota de verdad. La verdad estará constituida por la unificación de las múltiples perspectivas.

Dimensión vital, dimensión histórica, dimensión perspectivista: la verdad es vital, histórica y perspectivista, porque el sujeto que la conoce, el hombre, es un ser inmerso en una circunstancia vital, histórica. El hombre no es una razón pura sino una razón

vital e histórica. Cada hombre supone una perspectiva desde la que conoce y de la que no puede prescindir.

Utopía: término que procede del griego *topos* (=lugar). Etimológicamente significa “lo que no está en ningún lugar”. Con este término se refiere Ortega a una verdad no localizada, "vista desde lugar ninguno". Este es el concepto de “verdad” que tiene el racionalismo, una verdad abstracta, inmutable, absoluta, independiente de los individuos, al margen de la vida.. Para el racionalismo, la verdad sería algo intemporal y perfecto, por tanto, utópica. La actitud racionalista (utopista) supone la existencia de una realidad no vista desde ningún sitio y una verdad absoluta (utópica). Para Ortega, esta actitud es ingenua. El utopismo es lo opuesto al perspectivismo.

Doctrina del punto de vista: teoría perspectivista o perspectivismo. Posición con una doble dimensión: gnoseológicamente defiende que el acceso a la verdad no se consigue desde un «yo puro» (alma racional, sustancia pensante o razón pura), extrahistórico y ultravital. El ser humano sólo accede a la verdad desde su particular punto de vista, y sólo puede conocer la parte de la realidad accesible desde su circunstancia. Ontológicamente, sostiene que la realidad no es universal y necesaria (mundo de las Ideas o sustancias cartesianas) sino perspectivista, con múltiples vertientes cada una de las cuales apunta hacia un individuo.

Razón pura: el racionalismo defiende la existencia de la razón pura que es una razón ultravital, extrahistórica y utópica. Esta razón pretende ser universal puesto que ignora y pretende estar por encima de las circunstancias particulares de cada sujeto. Frente a este modelo de razón, Ortega reivindica una razón vital, "impura", en cuanto nace de la circunstancia vital de cada hombre. Por eso, si la idea racionalista pretendía ser utópica en cuanto colocaba a la razón fuera de cualquier lugar concreto, la nueva razón ha de ser perspectivista, ya que parte del entorno vital y cultural del sujeto, esto es, de su punto de vista.

Razón vital: modelo de razón que defiende Ortega frente a la razón pura del racionalismo. La razón es válida pero sólo anclada en una determinada circunstancia. La realidad sólo puede ser captada desde la circunstancia vital de cada persona. Frente a la razón pura que ignora la vida, Ortega reivindica una razón vital, “impura”, en cuanto que está anclada en la circunstancia vital de cada hombre. Es una razón perspectivista, ya que parte del entorno vital y cultural del sujeto, esto es, de su punto de vista. Superar la razón pura mediante la razón vital es el tema de su tiempo.

Horizonte: este término significa perspectiva o punto de vista. Todo horizonte es ampliable y dilatado, precisamente por el carácter perspectivístico de la realidad. Uno de los errores que comete el racionalismo es pensar que nuestro horizonte o punto de vista es el mundo o totalidad de perspectivas.

Mundo: es la totalidad abierta que sobrepasa cada horizonte. Es la totalidad de las perspectivas. Uno de los errores que comete el racionalismo es confundir su horizonte o punto de vista con el mundo, como si un punto de vista pudiera comprender, abarcar la totalidad de las perspectivas.

Sujeto viviente: sujeto incardinado en una perspectiva o circunstancia vital concreta desde la que conoce la realidad. Es un sujeto al que se le reconoce su dimensión vital.

Realidad universal: sinónimo de realidad cósmica. Para Ortega la realidad universal se muestra en diferentes y múltiples perspectivas por lo que cada sujeto de conocimiento accede a una parte de esa realidad universal desde su propio punto de vista.

Verdad integral: consiste en la yuxtaposición de los diferentes puntos de vista o perspectivas. Surge de la yuxtaposición de las verdades parciales, de la suma de todas las perspectivas en su carácter complementario.

Omnisciencia: conocimiento de lo que todos y cada uno han visto y saben, suma de las perspectivas individuales. Yuxtaponiendo las visiones parciales de todos se lograría tejer la verdad omnimoda y absoluta. La omnisciencia es propia de Dios, de una razón absoluta, sólo Dios es omnisciente.

Razón absoluta: es una razón omnisciente, pero esta razón es una mera hipótesis. La razón absoluta conocería la realidad universal, llegaría a la verdad integral yuxtaponiendo las infinitas perspectivas de todas las vidas. No es, por tanto, una razón sin punto de vista (lo que es una contradicción), sino una razón que para conocer la realidad universal se valdría de todas las perspectivas posibles. Por tanto, si Dios existiera sólo podría llegar a la verdad de ese modo. Su carácter «absoluto» radicaría en aglutinar todas las perspectivas. Esta razón absoluta es exclusivamente divina.

Dios: Ortega introduce esta expresión como representación de una hipótesis: un sujeto que por su carácter ultra-vital y extrahistórico, aglutinaría todas las perspectivas posibles y, al tener todos los puntos de vista histórica y vitalmente posibles, sería depositario de la verdad absoluta. Es la definición racionalista de Dios y que Ortega critica por contradictoria. Todo sujeto es necesariamente un punto de vista. El Dios del que hablan los racionalistas es un «sujeto utópico», una abstracción conceptual.

Verdad parcial: toda verdad es parcial puesto que la realidad y el conocimiento de ella es perspectivista. Cada punto de vista supone una parte o porción de verdad, es una verdad parcial.

Tema de nuestro tiempo: «nuestro tiempo» es una expresión con la que Ortega se refiere a la época que con él y su generación, la de 1914, empieza. Cada tiempo se caracteriza por tener un «tema», una misión, algo así como «su destino». Ortega formula de varios modos el tema de su generación: “sustituir la razón pura por una razón vital”, “convertir la relación entre vida y cultura y mostrar que es la cultura la que ha de servir a la vida” o “la superación del idealismo [como desarrollo del racionalismo]”. Ahora bien, cumplir con este tema implica enfrentarse a dos errores de la Edad Moderna: el culturalismo (racionalismo) y el vitalismo (relativismo).

3. MODELO DE EXAMEN DE SELECTIVIDAD RESUELTO: ORTEGA Y GASSET

Texto: “Cada vida es un punto de vista sobre el universo. En rigor, lo que ella ve no lo puede ver otra. Cada individuo – persona, pueblo, época – es un órgano insustituible para la conquista de la verdad. He aquí cómo ésta, que por sí misma es ajena a las variaciones históricas, adquiere una dimensión vital. Sin el desarrollo, el cambio perpetuo y la inagotable aventura que constituyen la vida, el universo, la omnímoda verdad, quedaría ignorada. El error inveterado consistía en suponer que la realidad tenía por sí misma, e independientemente del punto de vista que sobre ella se tomara, una fisonomía propia. Pensando así, claro está, toda visión de ella desde un punto de vista determinado no coincidiría con ese su aspecto absoluto y, por tanto, sería falsa.”

Ortega y Gasset; José; “*La doctrina del punto de vista*” en El tema de nuestro tiempo.

Cuestiones:

1ª/ Expón el contexto histórico, cultural y filosófico del texto.

(2 puntos)

2ª/ Comentario del texto (5 puntos):

2. a. Explica el significado de los términos subrayados en el texto.

(1,50 puntos)

2. b. Expón la temática planteada en el texto.

(1,50 puntos)

2. c. Justifica la temática planteada en el texto desde la posición filosófica del autor del texto.

(2 puntos)

3ª/ Relaciona la temática expuesta en el texto con la otra posición filosófica y haz una valoración razonada sobre su posible vigencia o actualidad.

(3 puntos)

RESPUESTAS

1ª/ Contexto histórico, cultural y filosófico del texto.

El texto que comentamos pertenece al artículo “*La doctrina del punto de vista*”, que está incluido, a su vez, en la obra El tema de nuestro tiempo, escrita por Ortega en 1923. En el citado artículo, nuestro autor plantea de forma ya más elaborada, después de su descubrimiento anterior del carácter circunstancial de la vida humana, su doctrina del punto de vista, también conocida con la denominación de “perspectivismo”.

El tema de nuestro tiempo cierra la etapa que hemos denominado “perspectivismo” y abre una nueva etapa en la evolución filosófica de Ortega: el raciovitalismo. El objetivo último de esta obra era superar el racionalismo antivital, y en este intento Ortega se sitúa en la vanguardia del pensamiento europeo de la época. Si la cultura está en función de la vida, piensa Ortega, los valores de la cultura (la ciencia, el arte, la justicia) son también los valores de la razón. No se trata por ello de eliminar a la razón (advierte Ortega para que su postura no se confunda con un vitalismo irracionalista), sino de negar su carácter exclusivo y su miopía ante todo fenómeno vital.

Culturalmente, cabe enmarcar el texto en uno de los momentos más interesantes de la España del siglo XX. Tras tomar el relevo de la “generación del 98”, marcada por un pesimismo escéptico respecto de la solución de los problemas de España, la “generación del 14”, con la que se identifica más Ortega por sensibilidad histórica y tono vital, pretende analizar a fondo los rasgos problemáticos de la sociedad española y luchar por su radical modernización. Así, junto a otros escritores, artistas e intelectuales (por ejemplo, Gómez de la Serna, Pérez de Ayala, etc.), Ortega propugnó la necesidad de una efectiva modernización y europeización de España, tratando de realizar una verdadera tarea de regeneración del país.

No es de extrañar la ingente y polifacética actividad que desplegó Ortega con tal fin: fundador y articulista habitual en diarios como *El Sol* y *El Imparcial*, conferenciante habitual por todos los rincones del país, promotor de una escuela de jóvenes filósofos en torno a sus clases en la Universidad de Madrid, editor y traductor de gran parte de las novedades literarias y filosóficas de la Europa del momento y, lo que constituirá una pasión dolorosa con el tiempo, diputado en las Cortes Constituyentes con el advenimiento de la República. En todos esos frentes destacó Ortega por su fluida oratoria, incansable energía y ciertas dosis de magnetismo personal.

Así pues, la España de las décadas de los años veinte y treinta (antes del fatal desenlace de la guerra civil) nos ofrece un curioso espectáculo: una minoría, intelectual y artísticamente muy activa y vanguardista, frente a una gran masa de población sumida aún en el analfabetismo, la superstición y la pobreza. O, dicho en otros términos, una minoría urbana y en gran parte cosmopolita frente a una mayoría de hábitat rural y costumbres rancias. Aún así, no cabe duda de que esta eclosión cultural iba calando poco a poco en la población hasta que llegó la tragedia de la guerra civil.

Históricamente, la vida de Ortega se sitúa en uno de los períodos más convulsos de España. Se suceden, tras el desastre del 98, varios regímenes políticos: la monarquía, la dictadura de Miguel Primo de Rivera, la “dictablanda” del general Berenguer, la proclamación de la II República, el estallido de la guerra civil, y con Ortega gran tiempo exiliado, la dictadura del general Francisco Franco.

En Europa, tras la 1ª Guerra Mundial y sus pesimistas secuelas, hay un giro hacia un mayor optimismo en los llamados “felicis años veinte”, que, a su vez, marcan el inicio de la prosperidad económica y hegemonía mundial de Estados Unidos en detrimento de Europa. El advenimiento de los movimientos fascistas en los años treinta, entre otras razones, provocará el germen de la 2ª Guerra Mundial y, posteriormente, la bipolarización del mundo en la denominada “guerra fría”.

Todos estos acontecimientos, y especialmente las terribles contradicciones en las que se debatía la sociedad española del momento, fueron minando tanto el entusiasmo renovador como la propia salud de Ortega, que tuvo que asistir a una encarnizada crispación la vida pública española, hasta el punto de no parecer ya ubicarse en tan polarizada situación: ni compartía las demandas sociales de la clase obrera y el campesinado ni podía aliarse con las facciones más reaccionarias de la derecha española. Por ello, la guerra civil y el exilio fueron su “salida natural”, no había sitio para Ortega en la España del momento...

Filosóficamente, la obra de Ortega se sitúa en un momento en que se analiza, desde diferentes movimientos filosóficos europeos, la función de la razón y de la filosofía, así como la validez de un determinado modelo de ciencia: el modelo físico-matemático. Tras la denominada “crisis de fin de siglo”, que supuso el agotamiento del modelo de la ciencia físico-matemática como único modelo de conocimiento, se reivindican otros métodos posibles para acceder a lo más significativo de la vida y existencia humanas.

En la formación filosófica de Ortega, que fue amplia e incluyó diversas estancias en las universidades alemanas de su época, podemos destacar las siguientes influencias:

- a) la tradición filosófica griega: Ortega consideraba que la filosofía griega era el primer horizonte al que cualquier filósofo occidental debía mirar y, a su vez, mirarse. Esta influencia es claramente apreciable en su consideración de la verdad como *aletheia* (“desvelamiento”) y en su creación de neologismos de origen grecolatino.
- b) la filosofía alemana contemporánea: Ortega se formó en universidades alemanas como las de Marburgo, Berlín y Leipzig. La admiración de Ortega por la

filosofía y cultura alemanas le hizo concebir la posibilidad de adaptarlas al contexto de la realidad española. Además, Ortega pasó de compartir los postulados de un grupo de filósofos neokantianos de la Universidad de Marburgo (sus maestros Cohen y Natorp) a madurar su propia propuesta filosófica siguiendo las directrices de las corrientes filosóficas de su época.

- c) el pensamiento y la literatura españolas: Ortega tuvo en cuenta las propuestas de la corriente krausista, movimiento intelectual que se proponía, básicamente, la educación como factor de cambio y progreso. A su vez, encuentra Ortega en muchas de las obras clásicas de la literatura española (El Quijote, por ejemplo) las claves de la peculiar idiosincrasia de la sociedad española. Es en este sentido en el que hay que destacar también la “interpretación filosófica” que hizo Ortega del amplio repertorio de la sabiduría popular: refranes, expresiones o dichos, giros lingüísticos, etc.

Pero lo más destacable en Ortega es que estuvo muy al tanto de las corrientes de pensamiento europeas que tomaron como principal objeto de estudio los fenómenos de la historicidad, la vida y el carácter irreductible del ser humano. En este sentido, la *fenomenología* supuso el primer intento de hacer un análisis riguroso de la existencia humana; más tarde, y tomando como referencia el método fenomenológico, destacó el *existencialismo*, que se propuso relacionar claramente los conceptos de existencia, tiempo y libertad. A su vez, el *vitalismo* (del que hubo distintas versiones) puso como eje de reflexión la “vida”, entendida en su sentido biográfico y vivencial y al que en repetidas ocasiones se asoció la propuesta filosófica de Ortega, el cual puso especial interés en que no se le confundiera con este movimiento. Finalmente, el *historicismo* de Dilthey pretende, del mismo modo que lo hace Ortega, comprender la vida desde una categoría fundamental: el carácter histórico y temporal de toda vida humana.

La filosofía de Ortega ha influido notablemente en el pensamiento español del siglo XX. Es más, Ortega es el que, casi partiendo de cero, crea una tradición filosófica en España. Especialmente notable es su influencia en el grupo de filósofos que, en torno a sus clases de filosofía, formaron la denominada “Escuela de Madrid”, grupo que, por las amargas consecuencias de la guerra civil, se escindió en dos subgrupos: el de aquellos autores que optaron por el exilio (como García Bacca, Ferrater Mora, María Zambrano, Eduardo Nicol) y el de los que optaron por permanecer en España (como García Morente, Julián Marías y José Luis López Aranguren, entre otros).

2ª/ Comentario del texto.

2. a. Explicación de los términos subrayados en el texto.

Punto de vista: Esta expresión adquiere en el planteamiento de Ortega un profundo valor filosófico. Para Ortega, “perspectiva” y “punto de vista” son, en cierta manera, sinónimos, aun cuando el término “perspectiva” sea el que utilice con más frecuencia. En el fragmento que comentamos, la expresión “punto de vista” es coextensiva del mismo hecho de vivir, es decir, el hecho de que “cada vida suponga un punto de vista

sobre el universo” significa que vivir es adoptar una determinada perspectiva, condicionada en parte por las circunstancias personales de cada vida pero sin que sea determinante y pueda anular la libertad.

Para Ortega, la realidad se muestra en una multitud de perspectivas individuales. De hecho, cada perspectiva es, al mismo tiempo, una condición de la realidad y una posibilidad de acceso a la verdad. Por ello, la perspectiva reúne los planos ontológico y epistemológico de modo claro: es tanto un “fragmento” de realidad no meramente subjetiva como una “ventana” hacia la misma realidad, imprescindible, por ello, para poder conocerla. La realidad será, por tanto, accesible desde cada perspectiva, desde el punto de vista que ocupa cada uno. Tan sólo la reunión de las perspectivas efectivas y posibles de una cosa daría la imagen verdadera de esa cosa y haría factible la posibilidad de su misma verdad.

Verdad: En el fragmento que comentamos, y en toda la filosofía de Ortega, este término se halla estrechamente vinculado con la expresión “punto de vista” o perspectiva. Uno de los objetivos de Ortega fue, precisamente, dotar a la verdad de una realidad histórica y vital, hacerla concreta, humana, sin que ello supusiera negar su carácter objetivo.

Para Ortega, además, no es posible seguir manteniendo un concepto de verdad separado de la vida y de la perspectiva que se tiene ante la realidad. Ello supone destacar el valor del individuo en su acceso a toda forma de realidad, al tiempo que se niega todo concepto de verdad abstracto y alejado de la vida. No hay una realidad puramente abstracta, que sea independiente de la vida humana y sus circunstancias. La verdad acerca de una realidad, sea ésta la que sea, debe tener en cuenta y partir del punto de vista que se tiene sobre ella.

2. b. Exposición de la temática planteada en el texto.

La temática expuesta en el texto es suficientemente clara: no es posible seguir concibiendo la verdad como algo alejado de la vida y de los individuos que la sostienen. La verdad se halla íntimamente ligada a los avatares y al dinamismo propios de la vida (ya sea individual o colectivamente considerada): no es posible considerar una realidad totalmente ajena e independiente de esa misma vida y, por lo tanto, independiente de los puntos de vista o perspectivas que se tengan o alcancen sobre ella.

El fragmento que comentamos puede analizarse según la siguiente estructura argumentativa:

- a) cada individuo (ya sea una persona, un pueblo, una época) es un medio indispensable para poder conquistar la verdad.
- b) cada vida individual es, en realidad, un “punto de vista” sobre el universo, que no puede ser sustituido y posee una originalidad propia.

- c) pensar que la realidad es independiente del punto de vista que se tenga sobre ella es un gran error. La realidad no posee un carácter absoluto y ajeno a las vidas que inciden sobre ella.
- d) esta concepción errónea de la realidad (presente en gran parte de la tradición filosófica) negaba cualquier valor de verdad posible a la perspectiva individual y por ello la declaraba “falsa”.

En el planteamiento filosófico de Ortega, al contrario, la vida es en sí misma, un determinado punto de vista. No sólo eso, el primer y gran hallazgo de la filosofía orteguiana fue la constatación de la vida como “realidad radical”, de la que surge cualquier proceso de reflexión, cualquier intento teórico y cualquier pretendido sistema filosófico. Por ello, tal y como se advierte en el texto, Ortega pretendió corregir lo que denominó “error inveterado” de la filosofía (su concepción abstracta de la realidad y de la verdad) y sustituir la razón puramente teórica por la “razón vital”.

2. c. Justificación de la temática planteada en el texto desde la posición filosófica del autor del texto.

Ortega reivindica un nuevo concepto de razón, y en esta tarea se une a otros pensadores de su época, que también consideraron a la razón en relación con la vida. Asimismo, esta nueva concepción de la razón se vincula, en el caso de Ortega, a una particular concepción de la verdad, derivada de su concepción de la vida. La verdad será siempre una perspectiva de las cosas y de la vida y un descubrimiento o desvelamiento de la realidad.

Para Ortega, el término “vida” tiene un especial significado en el caso del ser humano, pues para cada hombre o mujer la vida toma una forma determinada. De ahí que la vida humana no sea sólo una realidad biológica, sino, sobre todo, una realidad biográfica: se va construyendo al hilo de la propia biografía, al compás de las perspectivas y de las circunstancias de cada cual.

La vida de cada uno es la misma existencia concreta, que se hace a sí misma entre diferentes circunstancias. Si el hombre se orienta a su propia vida y a cuanto ella supone, asumirá lo que es y podrá hacerse cargo de su propia existencia. Por ello, en su propia vida, el ser humano debe mantener su propia autenticidad y afrontar desde ahí su propio destino. En este sentido, la vida es una realidad radical y última. Ella misma es su propio fin, no hay realidad alguna que le sea trascendente. La vida de cada ser humano es, para él mismo, su propia finalidad y a ella debe entregarse si quiere salvarse a sí mismo.

Resumamos, pues, algunos de los rasgos esenciales del concepto de “vida”: realidad radical, problema y quehacer dinámicos, preocupación y atención a sí misma, realidad que es su propio fin, programa que siempre debe cumplirse y que se salvará de la muerte por la cultura (que no es sino la invención de nuevas formas de vida). Todos estos rasgos deben proyectarse sobre el concepto de verdad para poder comprender el

planteamiento de Ortega. Con ello, el concepto de verdad adquiere un nuevo sentido: queda unido al transcurso de la vida y adquiere, por lo tanto, una “dimensión vital”.

El concepto de “razón vital” o razón fundada en la vida es básico en la filosofía de Ortega, que, por ello, ha sido denominada “raciovitalismo”. Entre otras implicaciones, este concepto de razón realza la importancia de la historia y de la cultura como los escenarios característicos y propios de la vida humana. La historia presenta, según Ortega, un modelo de racionalidad más eficaz y comprensivo que las denominadas ciencias formales y naturales.

Asimismo, el concepto de “razón vital” se distancia tanto del vitalismo como del idealismo racionalista, aun cuando recoja algunos rasgos de ambas concepciones filosóficas. En relación con el vitalismo, Ortega se opone a la concepción que éste mantiene de la vida como un proceso irracional, donde sólo hay lugar para impulsos y deseos que no pueden justificarse racionalmente; la vida, por el contrario, a juicio de Ortega, es un quehacer que tiene una finalidad o sentido, que se pone determinadas metas, que tiene una racionalidad propia y que, por ello, puede ser analizada adecuadamente. Con idénticos argumentos, se opuso Ortega a los vitalismos que habían convertido el concepto de vida en un enfoque místico no sujeto a racionalidad alguna. Por otro lado, Ortega coincide con el vitalismo en su reivindicación del carácter peculiar de la vida humana frente a las cosas físicas y, por ello, en su rechazo del estudio del ser humano desde una perspectiva alejada de su dimensión vital.

En relación con el racionalismo, tal y como puede apreciarse en el texto, Ortega se encuentra muy lejos de aceptar las reglas del juego de un racionalismo radical (al estilo cartesiano, por ejemplo), que sólo considera la razón como realidad última y que desprecia la realidad dinámica de la vida. Precisamente, el “error inveterado” es el de la actitud racionalista, que se muestra miope o indiferente a las perspectivas vitales en las que cabe enmarcar a la verdad, que confunde perspectiva con un punto de vista “sospechosamente” subjetivo y que no entra a considerar el carácter histórico de la verdad. Pero reconoce al mismo tiempo Ortega que sólo desde la razón se puede acceder a la verdad, sobre todo en el caso del ser humano, en el que vivir y razonar son las dos caras de la misma moneda; y es que, parodiando la célebre frase de Descartes, “vivo, luego razono” y “razono, luego vivo” podrían ser perfectamente los lemas indisolubles del proyecto filosófico de Ortega.

3ª/ Relación de la temática expuesta en el texto con otra posición filosófica y valoración razonada sobre su posible vigencia o actualidad.

*(** En este caso, nosotros hemos elegido relacionar a Ortega con la posición filosófica de Descartes; pero recuerda que puedes relacionar la temática del texto con la posición filosófica de cualquier otro autor que también haya intentado dar otra explicación al tema planteado en el texto).*

Dado que en el texto que comentamos, Ortega expone su concepción de la realidad y la verdad en clara oposición crítica a la tradición racionalista de la filosofía occidental, tildándola de “utópica” y “absoluta”; parece conveniente acercarnos a la posición filosófica de Descartes al respecto, pues, como máximo exponente del racionalismo, se encuentra en las antípodas del planteamiento de Ortega.

En efecto, Descartes identifica la verdad con la *evidencia*, es decir, sólo puede ser considerado como verdadero lo que se nos presente con total evidencia. Y es evidente lo que es *claro y distinto*. Así pues, la verdad es inmune a todo tipo de duda y tiene su modelo en las ideas claras y distintas, en la evidencia, que en el planteamiento cartesiano, se obtiene tras la rigurosa aplicación de la duda metódica o universal. La verdad, pues, se halla ligada, en Descartes, al problema del *método* y es, además, uno de los rasgos de los argumentos racionalmente contruidos. Para Descartes, la verdad se identifica con la *certeza*, que supone la seguridad hallada tras la aplicación del método. Tal vinculación entre método, verdad (con las características ya mencionadas de la evidencia: la claridad y la distinción) y certeza ocupa un lugar central en la tradición racionalista que inaugura Descartes.

En el fondo, la preocupación metodológica de Descartes pone de manifiesto que se estaba gestando un cambio de actitud básico: era necesario un nuevo criterio de verdad, que sustituyera al de autoridad y que permitiera superar el sistema de razonamientos apoyado en las demostraciones silogísticas. La Escolástica había funcionado con este tipo de razonamientos, fundando el carácter de verdad de la premisa mayor en principios generales sacados de la fe o de la autoridad de Aristóteles y de la Iglesia. Descartes, al contrario, reclama que el nuevo criterio de verdad esté basado sola y exclusivamente en la razón.

Los primeros pasos en esa dirección los da Descartes desde muy joven y desde el principio tuvo como referencia el mismo método que usan los geómetras: se apoya en *axiomas, definiciones y demostraciones*. Descartes mantenía que sólo los matemáticos sabían demostrar claramente sus proposiciones y este hecho, junto con su sospecha de que también los objetos físicos eran representables matemáticamente, le condujo a la su concepción de la *unidad del saber* o de la *razón única*. Así, en las Reglas para la dirección del espíritu, afirma: “todas las diversas ciencias no son otra cosa que la sabiduría humana, la cual permanece una e idéntica.” Esta concepción unitaria del saber proviene, a su vez, de la concepción unitaria de la razón: la sabiduría es única porque la razón es única.

Puesto que la razón es única, interesa conocer su estructura y funcionamiento para poder alcanzar así los conocimientos verdaderos. Una vez rechazada la experiencia sensible como fuente de conocimiento válida por su carácter compuesto y engañoso, Descartes distingue dos modos de auténtico conocimiento por medio de la razón: la intuición y la deducción. De aquí concluye Descartes que el proceso del conocimiento se basa en dos aspectos íntimamente relacionados: el *análisis*, que nos permite la

intuición directa de los elementos o naturalezas simples, y la *síntesis*, que nos permite reconstruir paso a paso lo complejo a partir de lo simple.

Con esta convicción elaboró Descartes las cuatro reglas de su método de conocimiento, tal y como nos lo describe en la 2ª parte del Discurso del Método. Este es, según Descartes, el único método de la razón única. Ha sido empleado con éxito en las matemáticas y nada impide que sea empleado con igual fortuna en otros ámbitos de conocimiento. Sería la “*mathesis universalis*”, una ciencia que, tomando como modelo el método matemático, se aplicara universalmente a todos los ámbitos del saber.

Una vez delimitada la cuestión del método válido de conocimiento, Descartes lo aplicó en su proyecto de reforma filosófica. Es en este contexto en el que cabe situar el recurso de Descartes a la “*duda metódica*”, puesto que la aplicación rigurosa de la primera regla del método le obligaba a no aceptar nada como verdadero si no presentaba los rasgos de la evidencia: a saber, la claridad y la distinción. Tal recurso metodológico no era sino la puesta en escena de la convicción cartesiana de que acudiendo sola y exclusivamente a un análisis de los contenidos de nuestra razón, podemos hallar en la propia razón las verdades fundamentales a partir de las cuales se pueden deducir el resto de todos nuestros conocimientos.

Tras el hallazgo de una primera verdad exenta de toda posible duda: “*cogito, ergo sum; pienso, luego soy*”, Descartes estableció su criterio de verdad: todo lo que perciba con igual claridad y distinción (evidencia) será verdadero y, por tanto, podrá afirmarlo con rotunda certeza. El resto de verdades que formarán parte del sistema cartesiano (como la demostración de la existencia de Dios y del mundo exterior a la propia mente o razón) se hallarán por la aplicación de tal criterio.

En definitiva, Descartes, tomando como modelo el método matemático, no aceptará otra verdad que aquella que pueda ser derivada de la propia razón, es decir, mantendrá que el ámbito de la razón se corresponde con el ámbito de la verdadera realidad. Esto le llevará a mantener que la razón posee principios o *ideas innatas*, no extraídas de la experiencia y a partir de las cuales, como si de cimientos sólidos se tratase, puede construirse el resto de los conocimientos posibles.

Valoración:

El tema de cómo es la realidad y cómo podemos llegar a conocerla para poder estar en la verdad, es uno de los problemas clásicos de la filosofía occidental desde sus mismos orígenes en Grecia. Cada época, en función de sus propias circunstancias y expectativas, ha considerado tal problema desde ópticas diferentes. Acabamos de exponer, por ejemplo, cómo la filosofía racionalista de Descartes, huyendo de la carga de prejuicios heredados de la Escolástica, buscó un nuevo criterio de verdad, más acorde con la creciente importancia que la ciencia (las matemáticas y la física, sobre todo) iba adquiriendo en detrimento de la autoridad religiosa.

Del mismo modo, la investigación de Ortega al respecto también tenía como objetivo actualizar el concepto de verdad según los parámetros de su contexto socio-cultural. Y, al contrario que en el caso de Descartes, el desarrollo de la ciencia físico-matemática no merecía para muchos autores, entre ellos Ortega, una valoración modélica. Los entresijos de la vida humana se le escapaban a la ciencia, que trataba la realidad humana como una cosa más entre otras cosas. Pero el ser humano, aunque sujeto también como realidad material a las leyes físico-químicas, posee otras dimensiones, como la de su carácter temporal e histórico, que no eran abordadas con suficiente claridad por las ciencias. En realidad, la época de Ortega estaba reclamando para las ciencias humanas un estatuto de credibilidad similar al de las ciencias de la Naturaleza.

Hoy en día, y aunque persista como un pesado lastre en el campo del conocimiento esa tópica división entre ciencias y letras, tanto ciencias naturales como ciencias humanas son perfectamente complementarias. Por otro lado, la insistencia orteguiana en dotar al concepto de verdad de una realidad histórica y vital sigue siendo una sana invitación o cura de humildad contra todo tipo de fanatismos, de visiones que se presentan como verdades únicas y eternas, inmunes a cualquier tipo de intercambio o diálogo. Precisamente una de las implicaciones de la doctrina perspectivística de Ortega era la de destacar el valor de la tolerancia como medio para la búsqueda conjunta de la verdad.

Actualmente, además, como el propio Ortega ya adivinó, un relativismo mal entendido y bastante extendido niega el valor de cualquier verdad objetiva. De este modo, este relativismo, muchas veces frívolo e inconsecuente, se convierte en una excusa cómoda para no pensar, cuando no en un arma arrojada contra cualquier planteamiento ajeno que ponga en cuestión nuestros prejuicios y convicciones. Doctrinas como el nacionalismo y otros ismos, complejas de por sí, pecan de esa soberbia intelectual o de ese atrincheramiento en su propia verdad.

4. COMPARACIÓN ORTEGA-NIETZSCHE.

A Nietzsche, como a Ortega, se le incluye dentro de la corriente filosófica del vitalismo ya que en ellos “la vida” es uno de los conceptos centrales que vertebran su filosofía. Para Nietzsche la vida es la tierra en cuanto poder creador, es decir, es la voluntad de poder; lo que le lleva a una auto-afirmación del individuo, a una afirmación de los instintos; por tanto, un concepto más cercano a la biología.

Para Nietzsche la vida se encuentra enfrentada a la misma razón, la vida reacciona contra la misma razón que pretende dominar la realidad, y por tanto, la vida es irracionalidad, curso ciego y sin sentido; una realidad indeterminada. Enfrentamiento que sólo se supera a través de categorías estéticas (lo trágico). Nietzsche considera que, para el ser humano, la razón es una razón subordinada a la vida y que el ser humano actúa por instintos.

Nietzsche considera que no hay una sola y única interpretación verdadera de la realidad, sino diferentes perspectivas (“perspectivismo”). Es el ser humano quien interpreta la realidad para la satisfacción de sus instintos y pulsiones. Ortega y Gasset se inspira en el mismo planteamiento de Nietzsche. El perspectivismo de Ortega, a diferencia del perspectivismo de Nietzsche, pretende no caer en el relativismo, pues la verdad es posible si conseguimos complementar todas las perspectivas.

En cuanto a la relación entre conocimiento, interpretación subjetiva y verdad, los dos consideran que en el conocimiento de la realidad, la estimación o valoración que hace el sujeto de la realidad es un elemento fundamental. Nietzsche habla de la aceptación o no del devenir como la causa de una interpretación acorde a la realidad o una interpretación de autoengaño (voluntad de verdad, voluntad de nada).

Asimismo, los dos consideran que Occidente está “enfermo” de una visión intelectualista de la vida. Nietzsche hablaba del platonismo, de la visión dualista onto-epistemológica de la realidad y su moral antivital, que ha llevado al nihilismo, o decadencia vital. Muestra como rasgos de la filosofía occidental el egipcismo (el odio al devenir, la hipertrofia de la razón, el desprecio a los sentidos y a la vida, que lleva a inventar un mundo eterno, el ser) y la confusión de los conceptos con la realidad. También, los dos observan que con Sócrates, Occidente se empieza a decantar por la cultura conceptual, abstracta, relegando lo que Ortega llama “imperativos vitales”, a un segundo plano, incluso despreciándolos.

No obstante, hay diferencias importantes entre ambos:

- Para Nietzsche el perspectivismo supone la afirmación de que no existe ninguna verdad absoluta, deriva en el relativismo. Que el sujeto no es un medio transparente lo comparten Nietzsche y Ortega, pero su recepción de la realidad no produce en ésta deformaciones, como parece postular Nietzsche, a juicio de Ortega. Los hechos se imponen como un elemento insoslayable, el ser humano da sentido a los hechos pero no los inventa. Es decir, que los valores no pueden

deformar la realidad hasta transformarla a nuestro gusto, no podemos jugar con la realidad para que se adapte a nuestros deseos (como quería el “niño” nietzscheano de la transvaloración).

- Mientras que en Nietzsche domina una visión pragmática de la verdad- la verdad es la utilidad de una interpretación para la vida-, en Ortega la verdad tiene un sentido ontológico y epistemológico que se no se puede reducir a una simple utilidad o convención. Para Nietzsche, la universalidad de la verdad sería expresión de la voluntad de autoengaño, voluntad de nada.

Los dos partieron en su proyecto filosófico de un diagnóstico sobre su tiempo: se trata de una situación de crisis porque vivimos en una cultura alejada de la vida, y por ello, enferma. Ambos buscaron las causas de esa situación para poderlas superar. Hay, pues, en los dos, un análisis histórico de cómo se ha ido gestando esta crisis, una parte crítica con esta filosofía, y una propuesta para salir de la crisis en Occidente.

Nietzsche habla del nihilismo de Occidente, de la decadencia de valores vitales que ha llevado al punto crítico de vivir de acuerdo a valores en los que ya no se cree. La pérdida de fe en los valores dominantes lo expresa Nietzsche en la frase “Dios ha muerto”. Ante esta situación, cabe la desesperación y la inacción, el nihilismo pasivo/reactivo, o la actitud crítica y destructora de estos valores decadentes, el nihilismo activo.

Si nos fijamos en la ontología, y partiendo los dos autores de la vida como realidad radical, observamos en los dos una concepción heracliteana de la realidad. Tanto para Ortega como para Nietzsche la vida se caracteriza por el devenir, el cambio, la evolución. La realidad está sometida a la historia, y sólo desde una perspectiva histórica (Nietzsche la llamaría genealógica) podría entenderse. Pero los dos tienen una concepción distinta del tiempo, pues Ortega se centra en la vida en sentido biográfico: mientras que para Ortega el tiempo sólo puede ser entendido de un modo lineal (vivir es proyección al futuro hecha desde el presente a partir de éste y del pasado), para Nietzsche el tiempo es cíclico. El eterno retorno nietzscheano tiene una lectura cósmica: el tiempo es infinito y la materia limitada, con lo cual, todos los acontecimientos pasados, presentes y futuros están condenados a repetirse eternamente.

Por otro lado, y centrándonos en las dimensiones de la vida como realidad radical, Nietzsche resalta su sentido biológico e irracional (lo dionisiaco), y Ortega se decanta por su sentido biográfico en el que además, la razón es una función vital tan importante como la digestión o la respiración. El vitalismo de Nietzsche, a juicio de Ortega, derivaría en un relativismo irracionalista y en un escepticismo que acabarían con la propia cultura, esa “balsa” que construye el ser humano para salvarse del naufragio de la vida. Asimismo, según Ortega, la explicación de la vida como voluntad de poder en Nietzsche resulta una reducción, pues excluye gran parte de lo que es la vida del hombre (su historia, su circunstancia, de la que forma parte la cultura).

No obstante, Ortega recoge ideas fundamentales de Nietzsche en torno a la realidad y al ser humano:

- Existen unas condiciones pre-rationales en la vida, el deseo.
- Para ambos la vida no es una adaptación del sujeto al medio, sino acomodación del medio a la voluntad del sujeto.
- El superhombre de Nietzsche guarda semejanza con las minorías selectas de Ortega, el hombre noble. Y la moral del rebaño, del esclavo de la que nos habla Nietzsche, como trasvaloración de lo noble en lo malo y la colocación de los valores antivitales como los valores supremos, se asemeja a la moral que domina en el hombre-masa del que habla Ortega.

También se puede hablar del papel de la razón y de los conceptos en el conocimiento. Es cierto que los dos “acusar” a Occidente de haber caído en un Racionalismo y una conceptualización de la realidad que nos han alejado de la vida. No obstante, los dos valoran de diferente manera la razón y los conceptos: para Nietzsche, la facultad racional no puede penetrar en la esencia básica de la realidad, caracterizada por el cambio, el devenir, el desarrollo, la voluntad de poder. Al dejarnos guiar por la razón y despreciar los sentidos y los instintos, estamos depreciando, a su vez, la vida. La razón y su lenguaje conceptual son los causantes del triunfo de lo apolíneo sobre lo dionisiaco y de la decadencia de Occidente, del nihilismo como pérdida de valores vitales.

La diferente valoración de la razón y de la verdad en uno y otro autor hace que tengan una diferente visión de la filosofía, de su método. Así, para Nietzsche, la filosofía conceptual debería desaparecer, porque no contiene más que momias conceptuales, no contiene nada vivo. El arte y la metáfora serían el método y el instrumento, respectivamente, para alcanzar una interpretación vital de la realidad.

Nietzsche y Ortega establecen epistemologías muy diferentes, incluso opuestas, sobre bases muy semejantes. Ambos afirman que el conocimiento conceptual deriva de las necesidades vitales de los individuos, ambos consideran que todo conocimiento es situado e histórico y por ello que es imposible un conocimiento absoluto. Pero mientras que Nietzsche considera que esto implica un total relativismo, Ortega defiende que incluso en esas circunstancias es posible un conocimiento racional objetivo, si bien no absoluto ni definitivo. Nietzsche parte de la negación del antiguo supuesto racionalista según el cual el pensamiento (y el lenguaje) representa la realidad, y, por el contrario, considera que los conceptos del racionalismo son creaciones humanas que se basan en las necesidades de supervivencia del ser humano: la realidad es devenir y variabilidad, es particular, y los seres humanos necesitan encontrar algún orden en ese cambio constante, ante todo por razones sociales, ya que precisan comunicarse entre ellos.

Para Nietzsche, la Razón que ha dado lugar a la metafísica idealista, es producto de una inversión de valores que debe, a su vez, ser invertida de nuevo: aquellos que sienten resentimiento ante la vida, que no pueden aceptar su aspecto negativo y cambiante (con

Sócrates como principal ejemplo) rompieron el equilibrio entre vida y concepto (entre lo dionisiaco y lo apolíneo) que representaba la tragedia griega, para generar una imagen del mundo en la que lo conceptual se convertía en lo más real, negando lo instintivo, lo cambiante, el deseo, etc.

5. ORTEGA Y GASSET: Actividades sobre el texto “La doctrina del punto de vista” de la obra El tema de nuestro tiempo.

(Léete el tema 13 de los apuntes más la guía de lectura y, basándote en los recursos sobre Ortega y en lo que puedas encontrar en Internet, a continuación, realiza las siguientes actividades):

- 1.- Haz un resumen que contenga las ideas principales que Ortega expone en el texto.
- 2.- ¿Cuál debe ser, a juicio de Ortega, la relación entre cultura y vida?
- 3.- ¿Cuáles son las dos posturas de la filosofía moderna ante la antinomia entre vida y cultura?
- 4.- ¿En qué consiste el planteamiento del racionalismo ante el problema de la verdad?
- 5.- ¿En qué consiste la postura relativista ante el problema de la verdad?
- 6.- ¿Qué es el “perspectivismo” y qué supone para la filosofía este nuevo planteamiento sobre la verdad?
- 7.- ¿Cuál es el error del “utopista”? ¿Por qué la filosofía ha sido siempre utópica?
- 8.- ¿Ha de ser sustituida la “razón pura”? ¿Qué tipo de razón ha de sustituirla y por qué?
- 9.- Explica en qué consiste la “razón vital”.
- 10.- Explica en qué consiste la “razón histórica”.

6. COMENTARIO DE TEXTO

I.E.S. "SÉNECA"

Departamento de Filosofía

Historia de la Filosofía

2º Bachillerato

- Comentario de Texto nº 5 -

Texto:

“El sujeto, ni es un medio transparente, un "yo puro" idéntico e invariable, ni su recepción de la realidad produce en ésta deformaciones. Los hechos imponen una tercera opinión, síntesis ejemplar de ambas. Cuando se interpone un cedazo o retícula en una corriente, deja pasar unas cosas y detiene otras; se dirá que las selecciona, pero no que las deforma. Esta es la función del sujeto, del ser viviente ante la realidad cósmica que le circunda. Ni se deja traspasar sin más ni más por ella, como acontecería al imaginario ente racional creado por las definiciones racionalistas, ni finge él una realidad ilusoria. Su función es claramente selectiva.”

J. Ortega y Gasset, El tema de nuestro tiempo, “*La doctrina del punto de vista*”.

Cuestiones:

1ª/ Expón el contexto histórico, cultural y filosófico del texto.

(2 puntos)

2ª/ Comentario del texto:

2. a. Explica el significado de los términos subrayados en el texto.

(1,50 puntos)

2. b. Explica la temática planteada en el texto.

(1,50 puntos)

2. c. Justifica la temática expuesta en el texto desde la posición filosófica del autor del texto.

(2 puntos)

3ª/ Relaciona la concepción orteguiana de la verdad con las de Platón, Descartes y Nietzsche; y valora su vigencia o actualidad.

(3 puntos)